

Juan del Jarro
§
Norberto de la Torre

Juan del Jarro

§

Norberto de la Torre



UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí

M. en Arq. Manuel Fermín Villar Rubio
Rector

David Vega Niño
Secretario General de la UASLP

Diseño Editorial
Octavio A. Alonso López
Imagen y Promoción Institucional

Primera Edición, 2016

ISBN 978-607-9453-45-9

©Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Álvaro Obregón 64

San Luis Potosí, S.L.P., México

Prohibida su reproducción parcial o total, bajo cualquier medio, sin la debida autorización por escrito de los poseedores de los derechos de autor.

Los textos firmados en esta obra son responsabilidad de su autor.

Juan del Jarro

§

Norberto de la Torre

ÍNDICE

Testimonios	9
Juan habla de su vida y su muerte	23
Damian	27
La marca de la mina	32
Mariquita	34
Juan habla del cólera	41
El Tapatío	43
La vida cotidiana	44
Cinco predicciones y un encuentro	46
Juan se reconoce extranjero	53
Torrescano	54
Don Anselmo	56
Las bromas	58
Los aumentos curiosos de Juan Vildósola	60
Una visión contemporánea	71
La locura	75
El sepelio	77
Nuevos testimonios	79
Epílogo	92
De cómo un detective sigue la pista de Juan del Jarro	93

*Cada quien es libre de organizar a su gusto
su propia eternidad.*

Michel Rio

*"El cadáver ha sido conducido en medio
de numeroso acompañamiento, se veían
personas de todas clases y un sinnúmero
de jóvenes con cañas en las manos, como se
acostumbra con los cadáveres de los niños
inocentes; sus honras fúnebres han sido tan
suntuosas como las de un poderoso."*

"La Restauración" (Jenaro Dávalos)

Testimonios

I

Yo te puedo garantizar la santidad de Juan del Jarro. Beso la tierra ante mí en señal de respeto. Recuerdo una enseñanza que extraje de los santos libros que me prestó el abuelo: "El viejo Abdullah al-Balji dijo a su discípulo. Deberás superar seis obstáculos antes de lograr la verdadera devoción. El primero es cerrar la puerta de la comodidad y abrir la de la dureza. El segundo cerrar la del renombre y abrir la de la insignificancia. El tercero cerrar el descanso y abrir el esfuerzo. El cuarto cerrar el sueño y abrir la vigilia. El quinto cerrar la riqueza y abrir el camino a la pobreza. El sexto obstáculo es el de cerrar la puerta de la esperanza y prepararse para recibir a la muerte." Por eso sé que Juan era un santo, venció los seis obstáculos. Tengo para mí que era un sabio sufi que viajó en las garras del águila, saltó de la cima de Wag a la cima de Qag, aprendió el secreto del halcón, el lobo y la serpiente. Todos lo vimos caminar y recibir limosna y calentarse al sol en el jardín de La Compañía, sin embargo, él viajaba de uno a otro mundo desconocido sin que supiéramos cómo.

II

Sólo sé lo que dicen pero no lo creo. Pienso que Juan del Jarro no existió, lo inventaron. Lo que pasa es que ya no se sabe en que creer, por eso le dan vida a toda clase de cosas: brujas, fantasmas, demonios y santos. Hay mucha ignorancia regada por el mundo y de ella salen puros cuentos propios de personas desocupadas, de gente sin oficio ni beneficio que trata de sorprender la natural credulidad de la mayoría. No, el tal del Jarro no existió, ¿cuándo se ha visto un limosnero al que entierran los obispos y los alcaldes?, yo creo que murió algún rico de una enfermedad oculta, de esas que los hombres de bien esconden, por eso dijeron que había sido Juan del Jarro, para que la gente no se enterara del secreto. El verdadero mendigo, si lo hubo, fue muerto y enterrado como un perro, en el mismo suelo del horno en que vivía.

III

No sé si existió alguna vez un pordiosero como Juan del Jarro, pero sí puedo decirles que cada dos de noviembre le llevo unas flores a su tumba, le deposito también una moneda y le pido un deseo. Su cripta es la más visitada en esas fechas, muchas personas le llevan presentes y recuerdos, es como si fuera familiar de todos, es nuestro común antepasado. Creo que si existió porque es muy milagroso, sanó a mi esposa de un mal desconocido, a mí me salvó de la cárcel. A mi compadre lo curó del hígado y ya no toma desde que se lo prometió a Juan del Jarro, un día que se le apareció en la madrugada seguido por un ejército de arañas.

IV

Narrar la historia de Juan del Jarro resulta difícil por cuanto carecemos de registros adecuados para ello. Se cuenta con una referencia vaga en la historia de Primo F. Velázquez, un folleto redactado por el historiador Rafael Montejano que después incluyó en su libro "Del viejo San Luis, tradiciones, leyendas y sucedidos" y un texto incluido en el libro "Leyendas Potosinas" de Mariano Aguilar. Los datos parecen recogidos de los dichos y rumores ciudadanos. Su vida es una invención que no su muerte, de ésta si se tiene una fecha precisa y algunas circunstancias que le acompañaron, sobre todo del memorable y lujoso sepelio que se registró con detalles en los periódicos de la época. Los datos que sirven de esqueleto para construir su vida pueden resumirse en pocas líneas. Su origen es desconocido, probablemente nació en un poblado cercano a Matuhuala. Su infancia y juventud se ignoran. Apareció pordiosero en la ciudad de San Luis Potosí donde vivió poco más de treinta años. Era portador de cierta sabiduría popular y de un amargo humor, propio de los marginados. Entre sus características más notables estaba la de llevar siempre consigo un jarro y un sombrero de copa. Era proclive a los dichos y a una charla constante que le dieron fama de culto, además, adivinaba el futuro y preveía las desgracias. Finalmente, no era el único pordiosero que recorría las calles del San Luis decimonónico, muchos otros, probable secuela de las guerras y la pobreza, vagaban en busca del mínimo sustento, a éstos protegió Juan del Jarro repartiéndoles la limosna que a él le daban.

V

Sí señor, Juan del Jarro es una calle.

VI

Mi abuela tiene una estampita de Juan del Jarro, dice que la compró a un señor que vendía milagros. La puso en un altar con flores y le prendió una veladora. Le reza el día de muertos y el día de los santos inocentes. Busqué su biografía en todos los números de Vidas Ejemplares, esos cuentos que coleccionó mi madre, pero no la encontré. Debe ser uno de los santos que discontinuó la iglesia, es probable que ni sea un santo y mi abuela esté medio chiflada. Yo, por si las dudas, me echo una santiguada cada vez que le paso por enfrente.

VII

Mi bisabuelo se llamó Feliciano Guevara, fue un político liberal muy dogmático. Dicen que en su juventud fue radical y uno de los más fieles defensores de las leyes de reforma. Odiaba al clero enriquecido e inclinado a los lujos y a la buena vida. Por lo mismo fue un eficaz ejecutor de expropiaciones de los bienes y propiedades eclesiales. Sin embargo, cuando yo lo conocí era un viejo mocho que asistía todos los domingos a la misa, siempre traía un rosario en el bolsillo y rezaba a todas horas. Pregunté las razones del cambio y me dijeron que se convirtió en cristiano furibundo cuando le enseñaron el cadáver de un mendigo, éste llevaba muchos años de muerto y sin embargo, se conservó intacto, fresco, como si hubiera fallecido hacía unos minutos. Se llamaba, o le decían, Juan del Jarro. Yo creo que el viejo tenía miedo a la muerte o al infierno y por eso se hizo devoto, pero en este lugar, con tanta sequedad y tantas sales en la tierra, es posible que un muertito no se pudra.

VIII

En el siglo XIII se desarrolló una secta que utilizaba la pobreza como arma. Sus miembros alcanzaron un grado de perfección espiritual que contrastaba con la burda maldad secular de su época, llena de reyezuelos y clérigos deslumbrados por el lujo y los placeres de la carne, hasta los papas pecaron de gula y avaricia. Primero se opusieron, los mendicantes, a la vanidad y el ansia de riqueza que estaba acabando con los hombres, pensaban que la acumulación irracional de bienes produciría un efecto destructor sobre el mundo y el alma, por tanto exhibieron su pobreza como una forma de lucha, como una estrategia para denunciar la acción del poder mediante el contraste, ayunaron, se mostraron con el rostro de la pobreza y la muerte para hacer obvio lo falaz y efímero de la vanidad y el lujo. Sin embargo, fueron desoídos y mal comprendidos, se les vio con misericordia y se les hizo objeto de dádivas o caridades, así se les destruyó, fueron incorporados a los vanos intereses del poder, del mundo y sus gobernantes. Los que lograron escapar dándose cuenta de la trampa, vivieron ocultos, compartieron sus enseñanzas en secreto, se convirtieron en una secta gnóstica que se dispersó por los cinco continentes y que, aún hoy, mantiene viva la doctrina original. Juan del Jarro era un miembro notable de esa secta, un filósofo capaz de entender los hechos más contradictorios, podía deducir las causas de las causas a tal grado que parecía profeta, también podía ocultar su historia y borrar todo rastro del pasado de forma que vivía en un continuo presente, para él, el universo provenía del olvido y la meta final era el olvido, porque olvido es uno de los nombres más exactos de Dios.

IX

Tiene que ser cierto ese asunto del mendigo Juan del Jarro, lo dicen los libros y ellos nunca mienten. Yo conocí a un profesor de historia que hasta me enseñó un retrato, estaba muy borroso pero se veía muy bien el sombrero de copa, un morral y el jarro. Además, me dijo, en un periódico viejo dieron la noticia de su muerte y existe un documento, firmado por un sacerdote, en el que se asienta el lugar de su nacimiento y la fecha de su muerte, los nombres de sus padres. Desde luego, si lo dijo un sacerdote tendrá que ser cierto, todo mundo sabe lo cultos y veraces que son los clérigos, por otro lado: ¿qué interés pueden tener para mentirnos?

X

Toda biografía es una invención por eso la de Juan del Jarro sirve para resumir las características y los deseos de un pueblo que vive en la miseria, con la mano extendida para recibir migajas. Puede ser un santo, un asesino prófugo, un anacoreta, un aventurero o nadie. Lo único que importa es su muerte que sirve para darle vida a un personaje. Así, la muerte se vuelve el punto de partida, el momento que inicia la reconstrucción de la derrota, desde ahí se lanzan los anzuelos para enganchar jirones de una historia ignorada, para sacar peces ciegos y trozos de memoria del inmenso y negro mar que es el olvido.

XI

Esta es la historia de un hombre que trajo su soledad como ropaje, unos harapos y un jarro que le prestó su nombre. Entre limosna y limosna adivinaba la muerte porque es la única verdad que traemos dentro, la muerte escondida en un cuchillo, la que derrumba murallas con trompetas, la que se viste de sangre bajo las ciudades rotas. Esta es la historia de Juan, la mía, la tuya. Llegamos a este pueblo a dejar la soledad sobre las calles, con un sombrero de copa, maltratado, y un jarro para que nos preste un nombre.

XII

Existen indicios de que Juan nació en la popa de un barco, ese día la lluvia cayó con insistencia sobre la ondulada lengua del mar. Desde entonces lo persiguen los espíritus del agua: olas, marejadas, crecidas de los ríos. Llegó a creerse un nuevo Noé con un diluvio a sus espaldas. Éstas, y otras, fueron las razones que le obligaron a internarse en el desierto. Se recostó en la cuna dorada de la arena, arrullado con la sonaja de las víboras y el grito ocasional de las aves en el cielo. Lo educaron las espinas, las tortugas y las liebres, lo cuidó el coyote. Aprendió a distinguir el agua y los espejos. Contó todas las hierbas y probó todos los venenos. Supo que las sombras de la noche crecen desde el vientre hasta cubrirlo todo y que es inútil perseguir la luz. Tuvo la certeza, sobre todo, que en el desierto sólo son grandes los pequeños, los que no se ven, los que evaden la mirada del águila y el olfato agudo de la zorra, así pudo disfrazarse, ser arena entre la arena, aprendió del insecto y de la iguana el difícil arte de la mimesis.

XIII

El poder convierte a la naturaleza en un escenario donde se conjugan múltiples batallas, unos regatean la satisfacción de los otros y se apropian de lo que, a la larga, es inaprehensible, así nace la guerra, así ocurrió bajo el dominio de todos los imperios. La boda de la sangre y el acero engendró una procesión de vagabundos que buscaron el calor de las ciudades, el sabor de la sal, los restos del naufragio. Juan llegó como una más de las secuelas de la guerra. Olía a sequedad y pólvora. La marca de cuatro jinetes en el rostro. El paso claudicante. Su voz pobló el silencio de las salas vacías, las cocinas y el patio, se introdujo en las grietas que grabó la luz en las paredes. Acabó familiar hasta borrarse como una fachada en ruinas, sólo su muerte le dio la vida negra de la tinta.

XIV

Relata la leyenda que una secta de mendicantes busca, desde hace mucho tiempo, un jarro de terracota milagroso. Se dice que en él se escucha el mar y el sonido apagado de una cascabel que acecha. El que bebe en ese vaso adquiere la inmortalidad y mitiga el dolor de las espinas que lanza la memoria. Algunos viejos reportan encarnizadas batallas de pordioseros que se disputan un jarro, también de expediciones extenuantes en su busca. Otros afirman que una banda de harapientos en el desierto asesina a todo el que se acerque porque protegen un vaso mágico de barro. La verdad es que el jarro se esconde entre los jarros, algunas tardes pueden escucharse cascabeles, y el rumor del mar, en el mercado.

Juan habla de su vida y su muerte

Habito en el interior de un horno abandonado, con un jarro, un sombrero de copa y una estera. Comparto mis recuerdos con el Tapatío, Torrescano y Mariquita, tres pordioseros que me siguen, tres sombras que cuido para que no se borren. Una cuarta porción la guardo bajo las capas de ceniza que cubren los muros de mi casa, ahí la cuece el fuego de las horas, los meses y los años. Desconozco mi origen, los nombres de mis padres, la historia que explica mis temores. Soy un hombre a la deriva, una sombra que se disuelve en nada. Nada contiene el jarro que llevo conmigo a todas partes, es mi espejo, mi representación: un poco de barro que contiene otro tanto de vacío. Mariquita llora toda la noche, teme a las cerrazones, sus gemidos encienden la ira y las estrellas. Los vecinos le arrojan insultos, agua, algunos objetos contundentes. Ella sufre porque ve a la muerte, el rostro agusanado del poder sin máscara. Mariquita es la que me dice el lugar de la muerte en la casa del tiempo. Lloro en la noche por todos los finales: el tuyo y el mío, el de ella misma que se acerca fatalmente. Sí, Mariquita ve a la muerte, la toca con horror cuando la roza en los quicios de las casas; cuando se asoma sin rostro a las ventanas; cuando se densa el silencio, como un presagio, y obliga a que canten los sapos y los tecolotes. Recojo a Mariquita en la mañana, mojada, llorosa. La traigo a mi casa para darle abrigo y un poco de alimento. Le limpio las lágrimas, las costras de mugre, las de sangre, las huellas de las nueve muertes en la frente. Se duerme ya entrada la mañana, en el momento preciso en que las iglesias doblan las campanas para llamar a misa de difuntos.

La nostalgia es un dolor que enraíza en el pasado, en el minuto anterior a la separación o la partida; es un virus que ataca la memoria y la deforma, la obliga a construir puentes, minaretes, elevaciones desde las que volvemos la vista atrás hasta quedar transformados en figuras de sal o en casa de caracol abandonada. Por eso me sorprende la nostalgia que me asalta a veces, yo no tengo pasado ni futuro. Estoy varado en un punto intermedio entre el Edén y la Utopía. Es muy difícil señalar la frontera precisa entre la imaginación y la memoria, recuerdo con la misma intensidad un viaje por mar en un barco de esclavos y una larga caminata en el desierto. Mi origen se pierde en el hueco de la sed, el golpe de la arena, las heridas del hambre. Algunos dicen que nací hacia el norte, en el lugar de los cabezas rojas, donde los huizaches y los cardos te escriben en la piel con las espinas. No sé si tuve una infancia digna o rica o placentera. Me recuerdo pordiosero desde siempre. Vivo de las sobras de una sociedad que me rechaza y aborrezco. Sólo me entretiene cuidar al Tapatío que en su triste delirio se cree plátano, pongo emplastos de hierbas sobre sus brazos amoratados por las mordidas, me enternece verlo cuando se cuelga de la rama de un árbol porque aspira a madurar como las frutas.

Torrescano es un soldado que cumplió con las marchas forzadas y el arresto, visitó tantas cárceles que la prisión se transformó en su propia piel, su andar, su mirada y su silencio son los de un prisionero. Él me enseñó a condensar el tiempo. Se queda dentro de un círculo que los chicos de la calle pintan con tiza sobre el suelo y la disciplina militar lo obliga a cumplir las órdenes, se queda mirando al horizonte sin moverse. Me introduzco en su cárcel invisible, contemplo con él las hojas de los árboles. Aprendo a ver crecer las ramas, adivinar las arrugas, las grietas en los muros, los caminos ocultos de las termitas que transforman en polvo los troncos y los libros. Separo el tiempo del reloj, veo una guadaña en cada

manecilla. En un círculo de tiza, prisionero igual que Torrescano, veo llegar mi muerte al horno en el que vivo y la forma en que es traicionada mi pobreza: la ceremonia del duelo y el entierro son lujosos, para robarme el alma. Recorro las calles empedradas, soy testigo del lentísimo desgaste de las piedras. Leo con cuidado las marcas del orín, los lunares, los olores que emanan de la vida y la muerte. Lo que veo es un eterno presente que se gasta. Sé que se perdió mi lápida, la gente me inventó una historia porque no tolera la pobreza o el anonimato. Me da tanta tristeza la mentira que hicieron de mi vida con mi muerte que me encierro en mi casa a cubrirme de hollín las manos y la cara. Sólo quiero olvidar las campanas, el duelo y el sepelio, borrar la memoria del historiador y del amigo porque son como el cáncer que destruye la verdadera inmortalidad: la del olvido.

Camino por la ciudad para encontrar pedazos de mí mismo en las banquetas, para verme en el espejo que forma la ceniza. Recuerdo el fuego, las heridas, el filo de la espada y la terrible voz de los cañones. Escucho los sonidos de mi nombre en otros labios y son como sombras que se cuelgan del muro, porque soy nada, apenas el portador de una tumba de barro y una cruz de palabras en la frente. La verdadera leyenda es la del jarro, en él enraizaron las miradas, es un útero de tierra, ahí se guarda la voz del mar y la serpiente y el ojo solitario de la muerte.

Durante muchos años desprendí, con cuidado, la arcilla adherida a las raíces de las plantas que estudié para conocer sus poderes o venenos. La tierra alimenta a las yerbas, les proporciona sus diversas cualidades, de ella sale el vacío. Con esa tierra humedecida modelé un jarro para exprimir en él las múltiples sustancias del desierto. Cuando decidí abandonar la aridez y los cardos, lo único que llevé conmigo era ese jarro, un recipiente de tierra recocida, un vientre de barro para contener recuerdos. Frente a mi tumba

puedo reconstruir un poco la memoria, ésta es como una ciudad en ruinas atacada por las uñas del tiempo. Mis huesos se perdieron a fuerza de vagar de cementerio en cementerio. Una lápida con la inscripción: - Juan de Dios Asíos, conocido por Juan del Jarro, murió el día 9 de noviembre de 1859 a la edad de 66 años, R.I.P., cubre una fosa ajena. A partir de la piedra con mi nombre se construye otra biografía, la del filósofo, el adivino o el santo. Se puede leer aquí, en cada flor depositada por anónimas manos, en cada moneda arrojada de espaldas para comprar deseos, en cada mancha de orín y en cada grieta, una historia que se suma a la historia. De la vieja telaraña de mi vida recuerdo apenas tres o cuatro sombras, una adivinanza y una charla sin sentido para develar cenizas.

Damián

Damián recordaba los recientes días de jolgorio y entusiasmo. El ejército liberal se aposentó en la ciudad y, aunque con recelo pues estas calles y casas están llenas de mochos conservadores, los soldados dieron rienda suelta a las ansias contenidas por el acuartelamiento, las marchas forzadas y la batalla. Esto era embriagarse y perseguir a las mujeres, algunas por el gusto de verlas correr, asustadas, para ocultarse en la iglesia más próxima; otras porque corrían en dirección contraria al templo y, no obstante sus gritos, albergaban en su interior el íntimo deseo de ser alcanzadas. El diablo tiene algo de fascinante y atractivo, de esto se valían los soldados liberales para ejercer dominio sobre los atemorizados ciudadanos y así obtener consideraciones de todo tipo. Les daba risa la hipocresía, pues las personas les hacían caravanas, saludos y ofrecimientos cuando los veían de frente, que contrastaban con las santiguadas, jaculatorias y exorcismos que les lanzaban a sus espaldas. Damián pensaba en esto, y en algunas anécdotas que valía la pena conservar en la memoria, mientras el dolor le mordía la pierna herida. Hace unos días apenas andaba de fiesta y borrachera, hoy tenía que permanecer oculto, disfrazado de peón y con un escapulario sobre el pecho para no ser descubierto.

El penetrante olor del incienso le hacía más insoportable la dolencia de la pierna, le parecía que la herida olía a incienso. No podía abandonar la iglesia, era el lugar más seguro, a nadie se le ocurriría buscar a un demonio liberal junto a la pila del agua bendita. Le inquietaba solamente la presencia ocasional del cura con el cinturón morado, era el mismo al que le había gritado que se muera, el que se ocultó tras las faldas de las beatas y después salió

huyendo protegido por la sombra del anochecer y por unos ricos conservadores que le prestaron lo necesario. Ahora mismo estaba ahí, a un lado del altar, cerca de la puerta que debiera dar a la sacristía, charlando con el pordiosero adivino que les había predicho la derrota, de haberle creído hubiera tomado precauciones y no estaría tirado bajo la pila del agua bendita con una bala metida en el muslo. Damián se encogió todo lo que pudo para no ser descubierto por el cura o el pedigüeño. Enroscado y adolorido el soldado pensó - Maldito pordiosero debería enrolarse para luchar por una patria libre de hacendados y de curas abusones, en lugar de andar entre sotanas y adivinando la suerte de señoritas y petimetres -. No supo en que momento se fueron pues el dolor lo adormeció. Pensó entre sueños en la batalla y recordó lo que le dijo a un compañero de armas: "Mi general Vidaurri parece borracho, da órdenes y contraórdenes sin ton ni son, abandonamos posiciones que no debieron ser abandonadas y tomamos otras que no sirven para nada. Los de Ahualulco deben estar muertos de risa viéndonos correr como pollos en patio desconocido".

Despertó con el murmullo de las oraciones, como a las seis de la tarde. Debía pensar rápido en qué hacer pues era imposible pasar la noche ahí sin que se percataran. Mientras le llegaba la inspiración se puso a observar a las gentes que rezaban. Ahí estaba, como en la tercera fila y en actitud piadosa, el señor respetable que descubrieron en una posada de mala muerte a las orillas de la ciudad, muy borracho y con una mujer sentada sobre sus piernas a la que le metió mano por donde pudo mientras ella sólo metía mano en el costal de las monedas. Ahí estaba también la viejita que se divertía jalando por los pelos a cuanto mozalbete pasaba por su banquetta y también echando su basura hacia la puerta de las casas de sus vecinos. Casi al pie del altar estaba, toda de negro y sin pintar, la dueña de un prostíbulo disfrazado de hostería, acompañada por

un hombre joven al que ella le decía sobrino y que era en realidad su amante y guardaespaldas. Damián volvió a profesar, en silencio, por la causa liberal, vale más ser un demonio, un asaltante comanche corta cabelleras o un masón come curas, que un hipócrita como estos que, afianzados en la seguridad de las apariencias y mentiras, viven doble vida, una de respetables ciudadanos y otra de insaciables devoradores de placeres y riquezas. Finalmente se decidió, como pudo abandonó la iglesia, ya obscurecía y esto lo sirvió para no ser visto, cojeando caminó hacia el Montecillo. Llegó a despoblado y escogió un lugar pegado a los arbustos para dormir, no se veía nada más que llano, un poco de basura, un horno abandonado y manchas de arbustos aquí y allá.

Lo despertó la luz del sol al amanecer, intentó incorporarse pero el dolor lo volvió a tirar al suelo, lo jaló como si estuviera sujeto a un gancho puntiagudo clavado en la pierna, pensó - Mochos canijos sus balas duelen peor que las nuestras, aunque las de ellos estén benditas; en lugar de bendecirlas con agua lo hacen con veneno los muy...- Interrumpió su pensamiento porque vio una sombra que se acercaba. Trató de hacerse chiquito e imperceptible pero la sombra iba directo a él. Se resignó y esperó lo peor. Cuando ya estaba cerca pudo ver que se trataba del pordiosero, un hombre de mediana estatura, moreno, con chaqueta y sin camisa, usaba sombrero de copa y traía en bandolera un morral y un jarro.

- Buen día- dijo el pedigüeno.

- Buenos le dé Dios- contestó Damián.

- Qué le ocurre soldado.

- Por qué piensa que soy soldado- respondió Damián sintiéndose descubierto y temeroso de las represalias del limosnero. Recordó que él y otros compañeros de farra le habían propinado una soberana paliza, entre burlas y risotadas, sólo porque el hombre les pronosticó la derrota en la batalla de Ahualulco.

- Anda usted escondido y en estos tiempos únicamente los soldados derrotados y los gavilleros se ocultan, como no creo que sea de los segundos, tendrá entonces que ser de los primeros.

- Pues sí, soy un liberal que se repone de sus heridas.

- Cuáles heridas, si se puede saber.

- De estas- dijo el soldado al tiempo que se remangaba el pantalón para dejar ver una llaga infectada, sanguinolenta y negruzca.

- Eso debe doler mucho.

- Muchísimo.

- Me deja - dijo el limosnero sacando un manajo de hierbas que traía en el jarro.

- Para qué es eso - dijo Damián desconfiado.

- Para curarlo.

- Está bien

El pordiosero no contestó, se inclinó sobre la pierna lastimada, limpió con cuidado sangre y pus, después colocó el emplasto de hierbas sobre la herida y vendó con un trapo limpio que llevaba en el morral. Cuando terminó se alejó un poco del soldado y se sentó a esperar.

- Cómo supo que seríamos derrotados - preguntó Damián.

- Un ejército sólo puede vencer cuando sus soldados se preparan para la batalla, saben velar sus armas, esperan lo inesperado y poseen la humildad para reconocer la fuerza y la maestría de sus enemigos. Cuando los soldados subestiman al oponente, desperdician su energía en golpear mendigos y emborracharse, serán derrotados.

- Qué bueno es usted - dijo Damián- ya se me está quitando el dolor. Por qué no se viene con nosotros, allá puede curar muchos heridos, puede servir de algo y sin pedir limosna a ningún catrín burlón.

- Yo no tengo bando - afirmó el limosnero- no creo que mi persona pueda inclinar la balanza para ningún lado, ni conservador ni

liberal. No creo en los generales, nadie puede conducir a otro a la batalla porque cada lucha es personal.

- El destino se rige por leyes que no comprendemos, - añadió después como hablando para sí mismo- la turbulencia y el azar cambian la historia sin que sepamos cómo, lo único que podemos hacer cada uno es encontrar el camino, nuestro camino, el que no puede ser pisado por nadie más, no importa que ese camino esté chueco o parezca contradictorio.

Dicho esto, Juan del Jarro se levantó y fue a buscar al tapatío que, a esas horas, ya debía estar colgado de alguna rama baja de un árbol en la plazuela de La Merced.

Damián lo vio alejarse mientras el dolor se retiraba como por arte de magia, cuando la figura del mendigo se perdió entre las primeras casas, él se levantó y, aún cojeando un poco, se encaminó hacia el sur para encontrar a las tropas del Coronel Valdés.

La marca de la mina

Me contaron una historia de Juan del Jarro, que no se parece a otras que se escuchan en la calle. Me dijeron que Juan fue encontrado, recién nacido, en el fondo de un tiro, seguramente algún minero llevó a su amante a parir en el socavón para no dejar al descubierto malos amores. El asunto es que el niño fue encontrado vivo casi de milagro, amoratado y con la tripa del ombligo ennegrecida por la tierra. El patrón lo adoptó y dejó el ombligo enterrado en el tiro, esto marcó para siempre la vida de Juan del Jarro. Mientras la mina fue próspera y las mulas salían arrastrando trenes interminables de mineral hacia el beneficio, Juan fue protegido del patrón y tuvo siempre más de lo necesario para vivir. Gastaba sin parar reparos en cuanto se le antojó. Decoró su habitación con lujo, la cama de madera fue recubierta con oro, colgó costosísimos cuadros y tapices en las paredes, atiborró su ropero con tal cantidad de ropa que alguna de ella nunca fue estrenada. Pero cuando la mina empezó a inundarse y cada vez era menos el mineral extraído, la bonanza de Juan también menguó. Un día los mineros, envalentonados por el hambre y el alcohol, dieron muerte al patrón. Alegaban quien sabe qué agravios y exigieron el pago inmediato de salarios atrasados. El dueño de la mina no pudo cumplir las demandas y fue apesado, golpeado y por fin muerto. La herencia fue una mina agotada y sin papeles pues estos se quemaron junto con la casa, a la que los mineros prendieron fuego con el fin de borrar las huellas de su asesinato. Juan desde luego no la reclamó, antes bien salió huyendo al amparo de la confusión generada por el incendio. Nunca más se supo de su paradero, dicen que se fue hacia el norte a probar fortuna, y que la tuvo otra vez traficando con

metales. Sin embargo, la riqueza que se basa en el oro es siempre volátil y volvió a caer en desgracia, a ser perseguido por enemigos y deudores. Vino después a esta ciudad, se prometió a sí mismo no volver a buscar el dinero y vivir de la caridad que le pudieran dar en especie, por eso se hizo limosnero. La historia que me contaron coincide con la oficial únicamente en que odiaba el baño, el mes de julio y el oro. Lo demás ya lo saben.

Mariquita

I

Los dos hombres caminaban por la calle que da al costado sur de la Plaza de Armas. Había poco trajín y por lo tanto poco ruido, sólo el piar de las aves y el traqueteo de un tiro de mulas que llevaba metal beneficiado rumbo a la Caja Real. Los caballeros se distrajeron de su charla gracias a una risa sonora, de mujer, que surgió de una bocacalle, en el punto en que desemboca en la Plaza de Armas la calle que viene de La Merced. La mujer apareció en la esquina de la Catedral, desaliñada y sucia como siempre, haciendo aspavientos y emitiendo ruidos extraños y risas inmotivadas hacia las sombras bajo los árboles.

- Esa mujer es casi invisible, sólo la delatan su risa abrupta y su insoportable llanto. La primera ocurre en cualquier hora de la tarde, el segundo explota casi siempre cerca de la media noche. Durante el intermedio vaga por las calles con la vista perdida. A veces juega por horas con una rama seca o hace rodar una cuenta de vidrio. Platica, también durante mucho tiempo, con interlocutores imaginarios en una jerga incomprensible.

- ¿Por qué no la protegen las autoridades o la beneficencia pública?

- Lo han hecho en contadas ocasiones, pero la mujer es rebelde y al menor descuido escapa del albergue para volver a la vagancia desde el alba hasta que cae la noche.

- ¿Cómo sobrevive?

- De la caridad, la que le dan espontáneamente, o la que le brindan Juan del Jarro o el doctor Anselmo Calvillo.

- Pero si el tal Juan del Jarro es otro pordiosero.

- Juan recibe dádivas en exceso y del sobrante sostiene a otros

mendigos, en especial a los que están afectados de sus facultades mentales.

Los dos hombres dieron unos pasos más, en silencio, mientras el visitante observaba con cuidado los edificios.

- Que bella es esta Plaza de Armas.

- Un poco más pequeña que la de tu ciudad.

- Pero la desmerecen los mendigos, ¿por qué hay tanto?

- Los políticos, sólo sirven para saquear o despilfarrar las arcas, además exigen préstamos forzosos, dizque para salvar a la patria de sus enemigos, sin darse cuenta que ellos mismos son el más dañino. Y por si fuera poco el General Santana se lleva para su ejército a los hombres más fuertes y jóvenes y nos regresan heridos, baldados y locos. Pero en fin, vamos, ahí está la casa de don Pedro, que ya debe estar esperándonos.

II

- ¡Mamaaaa! Ahí está otra vez la loca, llora y grita como endemoniada, no nos va a dejar dormir otra vez.
- Échale un balde de agua fría.
- Ya van dos que le arrojó, la pobre está hecha una sopa, se morirá de pulmonía.
- Llama al sereno por la ventana para que se la lleve.
- No lo veo por ningún lado, esos veladores se aparecen siempre cuando no los necesitas, pero si los requieres se vuelven de humo.
- Háblale a tu padre para ver si hace algo.
- No, espera, ya viene Juan del Jarro, se la llevará para el Montecillo.
- Que bueno, allá es donde debe estar, con los otros pobres y limosneros, y no aquí perturbando la paz de las casas decentes. Ya ve a dormir niña, es tarde y di una oración por la loca, ojalá y dios se apiade de ella y la acoja en su santo seno.
- Mamá, que cosas dices.
- Es mejor para ella, así dejará de sufrir.
- Buenas noches.
- Buenas noches.

III

- Deberíamos ir con el jefe político y exigirle que ponga solución al asunto de los pordioseros, cada día son más.

- Si, perturban la paz y son fuente de calamidades y enfermedad.

- Andan por ahí llenando de piojos y quien sabe qué más bichos perniciosos.

- El problema es que no hay trabajo, los constructores están parados y las haciendas producen poco y mal. No hay dinero en las arcas para construir albergues ni dar de comer a tanto desarrapado. Las minas se agotaron o están inundadas. El precio de las cosas es casi impagable, en pocos años aumentaron al doble o el triple. Lo que sí podría hacerse es llenar un carro con ellos y llevárselos lejos, a donde no molesten.

- Dicen que la loca María estaba preñada, que unos mozalbetes de la indiada se la llevaron al llano, por el rumbo de las huertas, y la violaron. Las madres de la caridad tuvieron que recogerla, cuidarla y ocultarla, para que la gente buena no se enterara de tan bochornoso asunto. El niño nació bien y fue dado en adopción en medio del más absoluto secreto.

- A propósito de Mariquita, dicen que se volvió loca porque la dejó plantada su prometido en la puerta de la iglesia.

- No es cierto, ella vivía por el rumbo de El Salado, cerca de Catorce, cuando ocurrió el ataque de una banda de lipanes, fue hecha prisionera, violada y torturada, su familia muerta a flechazos, su casa se quemó. Logró escapar de alguna forma pero la desgracia hizo que perdiera la razón.

- O sea que ya van varias violaciones.

- Si hombre, de nada le sirven los perros que la cuidan ni las buenas intenciones de Juan del Jarro.

- Alguien me dijo, muy confidencialmente, que no fueron de la indiana los que la violaron hace poco, sino un señor conocido de la sociedad que se aprovechó de ella con engaños. Me dijo que las autoridades ocultaron todo para evitar el escándalo.

- No lo dudo, caras vemos..., la hipocresía es el pecado original de este pueblo.

IV

Mariquita y Juan del Jarro caminaban lentamente, de la plazoleta del Carmen se dirigían hacia el Montecillo, el lugar donde viven los pobres y los muertos. Ella platicaba en su idioma inentendible y hacía ademanes señalando hacia los lugares y las cosas más inusitadas, él le prestaba atención, concentrado, como si en verdad entendiera lo que le decía. El espectáculo era patético, dos mugrosos caminando al atardecer hacia un horno abandonado. Ella empezaba a ponerse seria conforme la sombra de la noche se extendía, él, la calmaba tomándola del brazo. Ya de noche sólo se oía el llanto lastimero de Mariquita, el canto de un tecolote y el silbo del viento entre las tumbas.

V

Mariquita odiaba las sombras, pero sobre todo la presencia de la muerte. Cuando alguien moría o enfermaba de gravedad, la limosnera lloraba prolongada y lastimeramente. Decían que reaccionaba como animal y que su falta de razón había afinado sus instintos. Presentía a la muerte como el perro o el coyote. Se llegó al extremo de afirmar que la mujer era una bruja, un nagual, que transformada en bestia asolaba poblados y rancherías. Algunas mujeres le temían pues pensaban que Mariquita, convertida en loba, secuestraba a los niños. Otras sólo amenazaban a sus hijos diciéndoles que de portarse mal, la pordiosera se los llevaría durante uno de sus ataques de locura.

Juan habla del cólera

He visto morir a la gente de muchas maneras: heridos por flechas o por bala, acuchillados, atacados por males de la sangre, por tumores que crecen de improviso, por un mal duelo. La humanidad es como el hígado de Prometeo, se regenera cada vez que lo devoran las harpías, cada vez que el águila mensajera se lleva un trozo de carne con el pico. Tal parece que la única lucha, la verdadera, la que nunca se podrá ganar es con la muerte. Por eso resultan risibles las cosas en que uno se afana cada día. Nada es importante frente al rostro descarnado. Nada puede saltar la barrera de la nada. Vi los ejércitos de Calleja, de Santana, del Amo Oviedo, todos eufóricos y pendencieros si ganaban, humildes y silenciosos cuando se topaban con la pérdida. Vi, también, a más de doce gobernadores disputarse el título de benefactor de la patria y sin embargo sus nombres se perdieron en la insaciable boca del olvido, sólo se recuerdan, si acaso, los de aquellos que el poder entrampó en sus redes: el que fue asesinado por la espalda y el que perdió la razón.

Pero lo que más pude atestiguar, como el profeta, fue la vanidad; los hombres hacen grandes fiestas por cualquier mínima victoria, llenan de flores su camino y escancian su presunción con los mejores vinos y los discursos más huecos, fácilmente se olvidan de la espada de Némesis para entregarse a los placeres fútiles. No ven más allá de su pequeño entorno, creen que el universo se mide a partir de su ombligo, no pueden contemplar el verdadero rostro de la enfermedad como yo vi el rostro del cólera, que durante el mes de julio causó mortandad entre los pobres. Estuve cerca de Regina Miranda cuando dejó este mundo, vomitó incontables veces antes

de dar el paso definitivo hacia la tumba y lo único que dejó fue su miseria y el olor de sus heces. Después de ella el Montecillo se llenó de cadáveres, dicen que fueron más de cuatro mil los muertos. Por eso tengo para mí que julio es el mes de la muerte y tiemblo cada vez que se acerca, con su falda de lluvia y sus calores.

Dos veces atacó a la ciudad el cólera, dos veces rodaron las carretas con los cuerpos y la tierra se abrió para recibir lo mismo a los humildes que a los sabios. Las dos veces, cuando se llevó a Regina al cumplirse el primer tercio y a don Pedro Vallejo al cerrarse el medio siglo, Mariquita lloró continuamente por espacio de un mes agregando sus lágrimas a los charcos de julio y Torrescano cayó en un prolongado estado de estupor. Yo no pude hacer nada más que acompañar a la distancia los cortejos y constatar que la única verdad es la del polvo y que, por más que se intente, nadie puede viajar más lejos que un par de metros bajo tierra.

El tapatío

El tapatío era poseedor de la locura más extraña que por acá se ha visto: se creía plátano. El sobrenombre indicaba su origen pero no su procedencia. Dicen que se le quemó el cerebro en las tierras del sur, donde trabajó de peón en las haciendas frutícolas. Se fue a probar fortuna y el sol del istmo le secó el seso. Sucio y con la vista perdida se acercaba a la gente y preguntaba: -¿Estoy maduro?- al tiempo que ofrecía el brazo para que lo probaran. Los más agresivos lo mordían con fuerza provocándole grandes moretones y hasta costras, siempre traía los brazos llenos de cardenales. Los más recatados o asquerosos evitaban morderlo debido a la suciedad, pero no tenían escrúpulos para decirle que los frutos sólo maduran en los árboles, lo ayudaban a subirse a una rama y ahí lo dejaban, madurando, hasta que Juan del Jarro se apiadaba de él, lo bajaba con cuidado y lo llevaba hasta una sombra para protegerlo y alimentarlo.

La vida cotidiana

Las calles de San Luis dormían, como siempre, la placidez de una siesta interminable sólo interrumpida por alguna que otra noticia que despertaba a sus habitantes. Éstas se referían por lo general a hechos de la política, al equilibrio de fuerzas entre liberales y conservadores, contando estos últimos con la no muy oculta simpatía de los notables y el clero dominante. Sin embargo, no faltaban los informes de nota roja como el asesinato de M. Henri Androis a manos de sus compatriotas Biet y Larivoir, que primero mataron y desaparecieron a Juan Waskelmen, ayudante de Androis, para inculparlo, y después dieron muerte a M. Henri para robarlo, sólo que la culpa azotó las noches de Carlos Biet hasta obligarlo a confesar, primero a su esposa, posteriormente a la policía. También se recuerda la muerte de don Archivaldo Staines quien por no hablar español contestó en inglés a un llamado de ¿quién vive? durante una noche de queda, el capitán al mando pensó que se burlaban de él y de inmediato ordenó fuego, el súbdito inglés quedó muerto en la calle provocándose un problema de talla internacional. Eran noticia, además, los asaltos en los caminos por parte de bandas de gavilleros y de indios.

El tiempo resbalaba despacio por las calles que van de la alhóndiga a la lonja, del cuartel de caballería hasta la plazuela de El Rebote, de la panadería de Las Damas a la tienda de El Moro. La gente contaba el tiempo por las fiestas religiosas o los días de mercado. La población se sacudió con la paliza a los presos en la calle de Maltos, los fusilamientos frente al palacio de gobierno, las luchas entre conservadores y liberales que triangulaban sus batallas entre el Santuario, el Carmen y San Francisco mediante ataques

sorpresivos y metralla, o se divirtió con las aventuras del Chino Ignacio y el Tiernón, o con los honores a los restos de Iturbide que entraron por el Montecillo y salieron rumbo a México después de solemnes reconocimientos.

La mirada de los ciudadanos se dirigía hacia el norte con inquietud pues de ahí provenían la mayoría de los asaltos, el peligro de una invasión, la toma de la capital por los distintos ejércitos, ora centralistas, ora federalistas; o hacia el sur con curiosidad porque de allá venían las noticias más interesantes, tanto de la política, como de la moda o el espectáculo que tanto gustaban a las familias de clase acomodada de esta ciudad de piedra, que se calentaba bajo el sol del desierto.

Cuando nada ocurría afuera, lo suficientemente interesante para llamar la atención, entonces las miradas se volvían hacia el interior y jugaban con la vida y la reputación de los propios vecinos, así se violaba la privacidad de cualquier clase de gente mediante inventos o exageraciones. Los salones de reunión para tés, meriendas, juego de baraja, también los días de campo, paseos a las huertas y misas dominicales, así como los días de mercado, ofrecían ocasión propicia para el tejido de toda clase de interpretaciones, mentiras y comentarios. En muchas ocasiones Juan del Jarro fue la comidilla de estas reuniones, los más vieron en el pordiosero una monserga, una molestia menor que tenían que soportar pero que les servía para limpiar su conciencia obsequiándole con caridades y sobranes que irían a parar a manos de otros limosneros. Otros, sin embargo, apreciaban las cualidades del mendigo y lo creían receptor de dones divinos que lo hacían santo a pesar de su miseria, limpio no obstante la mugre que cubría su cuerpo, sabio en la ignorancia, profeta, sobre todo les atraía el misterio que rodeaba su figura.

Cinco predicciones y un encuentro

Primera predicción:

Niní se reponía de la prolongada fiesta con la que celebró su petición de mano, descansaba y comía dulces, sentada frente al portal de su casa, cuando vio venir a Juan del jarro en busca de su limosna cotidiana.

- ¿Cuándo me caso Juan? - preguntó Niní- pensando que ponía una trampa al limosnero.

- Nunca - respondió el mendigo-

Algunos días después, el novio asistió a una fiesta en donde se hizo de palabras con otro asistente, se retaron a duelo y al otro día el prometido murió a manos de su enemigo. La novia adolorida, se quedó casi en calidad de viuda y nunca más fue requerida con fines de casorio.

Segunda predicción:

El padre prior de San Agustín se topó una tarde con Juan del Jarro y hablaron de lo inevitable, de la muerte y la necesidad de estar siempre preparados para tal eventualidad. Juan aportó los razonamientos más interesantes que pudo encontrar aunque el padre no los tomaba muy en cuenta por venir de quien venían.

- A propósito Juan, cuándo moriré.

- Dentro de muy poco padre.

- ¿y de qué?

- De la cabeza

El prior pensó que ese sería el primer error de Juan pues su estado de salud era inmejorable. Sin embargo, tres días después murió, no se sabe si de una meningitis o de una hemorragia cerebral que lo llevó con prontitud a la tumba.

Tercera predicción:

El sacerdote Jerónimo Buendía arreglaba el jardín mientras charlaba con Juan del Jarro, invitaba al pordiosero a dejar la mendicidad para volverse una persona productiva. Le ofreció trabajo en la sacristía o la posibilidad de ayudarlo en sus quehaceres con la comunidad cristiana. Juan se negó y manifestó su voluntad de seguir pidiendo, alegaba que sólo así podría seguir siendo pobre y comprender el drama de los que eran como él. El ministro insistió con el argumento de que la miseria no era una ocupación deseable. - En fin - le dijo- piénsalo y me resuelves al regreso de mi próximo viaje, que deberá ser pronto.

- No habrá tal viaje - dijo el limosnero.

En efecto, el fraile nunca viajó, pocos días después moría de tétanos, enfermedad que contrajo mientras manipulaba la tierra con abono del jardín.

Cuarta predicción:

Juan del jarro se dirigía hacia el horno que ocupaba a manera de vivienda. Iba distraído, pensaba tal vez en los sucesos del día cuando desde un andamio le gritó un alarife:

- Ya vas a cocinarte la mugre Juan.

El pedigüeño no contestó la burla, siguió su camino sin inmutarse.

- Cuándo moriré adivino, si le atinas te dejaré mis propiedades en herencia.

- No tendrás tiempo de hacer el testamento.

Juan apresuró el paso y no había recorrido cien metros cuando el albañil resbaló del andamio y cayó sobre una piedra rompiéndose el cuello, su muerte fue instantánea.

Quinta predicción:

Dos jóvenes se dirigían a un tentadero, alegres y preparados para disfrutar a plenitud las emociones que prometía la aventura. Por el camino se toparon con Juan del Jarro. Conocedores de la fama de adivino del mendigo, le hicieron toda clase de preguntas sobre su ventura, que si se casarían con una mujer hermosa, que si tendrían dinero y salud suficientes, que si asistirían al baile que organizaban los mercaderes de la lonja y, finalmente, cuándo llegaría la hora de rendir cuentas al creador. Nada les respondió Juan, caminó junto a ellos en silencio y al llegar al punto en que sus pasos tomaron caminos divergentes, les dijo - Tú morirás muy pronto- y al otro - Tú no pero te verás muy cerca -. Los jovenzuelos olvidaron con rapidez su encuentro con el limosnero, distraídos por la ilusión de un día rico en experiencias placenteras. Esa misma tarde un novillo los tomó desprevenidos, mató a uno de terrible cornada y al otro lo dejó mal herido, a punto de la tumba.

El encuentro:

Don Pedro Barajas regresaba a la Catedral después de una comida en casa de don Juan Othón, durante la sobremesa se habló del gobernador Sepúlveda y de otros políticos y militares, así como de los difíciles tiempos que corrían, escasos de dinero y pletóricos de peligro, a esto se le aunaba la inseguridad por tanta delincuencia debida al deterioro de la moral cristiana, también la presencia de los tercios liberales que se empeñaban en hacer daño en los bienes y personas que estaban bajo el resguardo de la Santa Madre Iglesia. Meditaba el clérigo sobre todo esto y otros asuntos propios de su ministerio cuando se encontró de pronto con Juan del Jarro. Como tenía ganas de charlar todavía y faltaba un buen tiempo antes de su próxima ocupación, invitó al mendigo para que lo acompañase y se tomara con él un vaso del agua fresca que lo esperaba sobre la mesa donde preparaba sus bártulos para officiar la misa. Sacerdote y limosnero entraron en el templo y se dirigieron a la sacristía donde se acomodaron en sendas sillas.

La conversación que ahí se sostuvo permanece en el secreto, sólo se sabe que el obispo habló de las cosas que lo inquietaban, en especial las amenazas al libre ejercicio de la religión y el sacerdocio, los robos y confiscaciones de que, ilegal y abusivamente, eran objeto las órdenes religiosas. Juan, por su lado, predijo ciertos hechos como la reconciliación entre la Iglesia y el Estado, otra epidemia, una sequía, la invasión de los franceses y, para el próximo siglo, una guerra civil que dejaría los campos tintos en sangre y una gran inundación. La reunión duró poco, apenas un par de horas, sin

embargo, en el ánimo de los dos se produjeron cambios muy sutiles y ya nunca recuperaron la serenidad que precedió a ese encuentro. Se cree que Juan del Jarro sólo confió el secreto al doctor don Anselmo Calvillo y el obispo a su confesor.

Años más tarde, cuando los familiares del don Anselmo revisaban su legado para organizarlo, encontraron entre sus papeles hojas sueltas y cuadernos que contenían notas sobre el estado de sus pacientes y, salteados, algunos apuntes que se referían a sus entrevistas con Juan del Jarro, y otros en los que se asentaban opiniones del obispo sobre este personaje. Las notas eran pocas y redactadas de tal manera que se volvían prácticamente inentendibles. Sin embargo, haciendo un esfuerzo de reconstrucción pueden dilucidarse algunas ideas que, tanto don Pedro como el doctor, tenían acerca del mendigo. Lo consideraban una especie de nuevo profeta apocalíptico, con el ojo tan sutil como San Juan y tan complejo como el de Valentino. Juan del Jarro era, para ellos, una especie de filósofo desencantado que no confiaba en el progreso, sospechaba de todo avance y toda propuesta prometedora, vivía convencido de la irredimible maldad inoculada por el pecado original que no era otro que el deseo, creía que la sabiduría o el conocimiento fueron inventados por el diablo para inducir la ceguera, recelaba de todo aquel que pretendiera conducir a los otros o imponerles una moral o una doctrina y sobre todo, estaba convencido de que atesorar tierras o riqueza era la comprobación más clara de la estupidez humana. - Las cosas no son nuestras, nosotros somos de las cosas- le dijo un día a don Anselmo y éste anotó la frase en el reverso de una receta inútil. Lo que si fue cierto, esto se desprendía de las notas encontradas, es que ambos, médico y sacerdote, tuvieron un especial respeto y admiración por el pordiosero al que consideraban una mezcla de profeta Daniel y Francisco de Asís, pero con la amargura de los que saben que van a morir de sed en el desierto.

Juan se reconoce extranjero

Viví en esta ciudad por más de treinta años pero siempre fui un extranjero. Nadie puede ser hijo del desierto, no es posible arraigar en la arena. El viento cambia el rostro de la ciudad cada minuto, las piedras que amanecen no son las mismas que reciben las primeras sombras de la tarde. Todos fuimos expulsados del origen con una espada de fuego, todos somos extranjeros en el sitio mismo en que nacimos. Jamás tuve maestros pero aprendí a escuchar las voces que cuelgan de los hilos del tiempo, las que forman la red indestructible que me apresa, oigo, por ejemplo, el tambor de selvas africanas, la fiereza de los celtas y los guachichiles, la vanidad de los romanos, la rigidez de los judíos, la sensual fantasía de los árabes, la sencillez musical de los aztecas, la terquedad de los iberos. Todas esas voces son mi voz que se oculta en un horno. Entiendo también, el significado del vuelo de una mosca, el de un silbido de víbora en la sombra, el del color de una planta que se muere, el de una flor que brota entre las peñas. Huyo de la verdad para encontrarla. Conozco el valor del agua cuando crece la aridez por todos lados, y el valor del silencio. Vivo pues extraño en tierra extraña, para ver hacia adentro, para entregar mis vísceras a las aves rapaces y alimentar con ellas la única realidad que vale: la locura.

Torrescano

Los únicos que no batallaban por empleo eran los soldados, el país era un montón de guerras que se superponían: nacionales, regionales y locales. Había mucho general, coronel, capitán. Todos los caudillos requerían hombres de refresco y los tomaban de distintas maneras: ofreciéndoles pagas fabulosas que nunca cumplían, por la fuerza mediante el mecanismo de la leva, con arengas y discursos en favor de la patria y la libertad. El caso es que los hombres eran devorados por el torbellino de la guerra. Los que no morían, eran devueltos a su tierra, heridos, mutilados o con la razón perdida. Uno de estos últimos era Torrescano, un hombre sencillo transformado en artillero que se volvió loco por el ruido de tanto cañonazo. Torrescano andaba por toda la ciudad con una bolsa llena de basura y hablando solo. Cuando se producía un ruido accidental más o menos intenso, él se tiraba al suelo, se cubría la cabeza con los brazos y temblaba de miedo, como esperando la llegada de metralla. Los niños y adolescentes lo amagaban con palos, lo exhortaban a darse preso y a cumplir una sentencia de acuartelamiento, pintaban un círculo con tiza sobre el suelo y ahí dejaban al pobre trastornado, sin moverse por horas, hasta que llegaba Juan del Jarro a liberarlo. Un psiquiatra del siglo veinte le hubiera diagnosticado catatonía pues caía en estados estuporosos que duraban a veces varios días. Durante esos ataques Juan del Jarro se sentaba junto a él y ambos permanecían inmóviles, con la mirada perdida en el horizonte. Cualquiera que los hubiera visto, sin conocerlos, creería que sostenían una comunicación sin palabras, una larga y enriquecedora charla silenciosa. El día que murió Juan del Jarro, Torrescano lloró al ver la procesión y los cánticos

y los niños con palmas en las manos y a las cofradías vestidas con sus hábitos. Después del sepelio nadie volvió a verlo, dicen que él se llevó el jarro y se internó en el desierto hasta perderse.

Don Anselmo

Don Anselmo Calvillo fue un médico muy respetado, certero en sus diagnósticos, eficaz en sus tratamientos y, sobre todo, muy humano. Fue el doctor de cabecera de muchas familias respetables, atendía los hospitales y dispensarios que sostuvieron algunas órdenes religiosas, de manera que tenía todo su tiempo ocupado. Sin embargo se daba maña para consultar gratuitamente y aún proporcionar medicamentos a un numeroso grupo de pobres y limosneros. Era en fin un hombre querido y solicitado por todos los habitantes, sin importar su clase o condición económica. Lo único que en él resultaba curioso era su extraña amistad con el pordiosero Juan del Jarro, nadie la entendía pero todos la respetaban.

Doña Anita Meza confesó a unas cuantas y escogidas amistades que su abuelo, el doctor don Anselmo, conversaba con Juan del Jarro sobre medicina y sobre todo de farmacología, éste le enseñó al médico las prodigiosas propiedades de algunas plantas y el efecto curativo de ciertas posiciones, ejercicios y formas de respirar. Según ella don Anselmo afirmó alguna vez que debía más de sus conocimientos al del Jarro que a la escuela. "Este dicho puede ser un poco exagerado pero uno nunca sabe" - decía doña Anita -. Por esto, gracias al cariño y admiración que su abuelo profesaba por el limosnero, decidió trasladar sus restos desde el Montecillo, panteón que sería destruido gracias a una orden del gobernador don Rafael Cepeda, hasta el nuevo panteón de El Saucito, donde sus cenizas reposarían en la cripta familiar.

Juan del Jarro tenía una especial predilección por la compañía de don Anselmo Calvillo, los unía una amistad inexplicable. A tal grado, se sabe con certeza, que el médico era el único confi-

dente del pedigüño. El galeno conocía sus secretos, hablaba con él durante mucho tiempo, daban juntos larguísimos paseos. Era también el único que tenía sobre Juan alguna influencia y éste se dejaba, de vez en cuando, atender por el médico que lo exploraba, lo bañaba y trató siempre de convencer al limosnero de lo necesario de la higiene. Los ligó una complicidad que superó las barreras de la muerte y de la que se tienen algunas referencias en las notas desperdigadas de don Anselmo que fueron conservadas por sus descendientes.

El doctor Anselmo Calvillo, rescató el jarro y el morral del mendigo conocido como Juan del Jarro. Guardó celosamente estos objetos y, poco antes de morir, encargó a un sirviente que los enterrara en el desierto. Nadie volvió a saber el paradero del enviado ni si cumplió cabalmente su cometido.

Las bromas

Era común que la gente tratara de hacer bromas a Juan del Jarro, le planteaban situaciones con las que pretendían poner en evidencia la falsedad de sus predicciones o lo endeble de sus conocimientos. Jugaban con él poniéndole trampas y cuestiones insolubles. Una ocasión, por ejemplo, una dama que se divertía con un grupo de amigas preguntó al mendigo, en tono de burla, por el nombre del que sería su esposo, a lo que Juan contestó: - te casarás, pero no con el padre del niño que llevas en el vientre -. La muchacha se puso pálida al ser descubierto, frente a sus amistades, un embarazo que ni siquiera ella conocía. El asunto causó escándalo y la familia se vio precisada a enviar a la bromista fuera de la ciudad para ocultar lo inocultable o, por lo menos, atenuarlo con la distancia.

Otra vez un grupo de jóvenes preparó una broma para reírse del pordiosero, uno de ellos se hizo el muerto tirándose en el suelo, sobre una calle que Juan recorría invariablemente, ese día el pedigüeño tardó más de lo acostumbrado por lo que los bromistas, incluido "el muertito", tuvieron que soportar el fuerte sol de la mañana por casi una hora, sin embargo, la espera se vio coronada por el éxito pues hacia el mediodía apareció Juan del Jarro que caminaba lento, como siempre. Los mozalbetes empezaron a fingir que lloraban y daban gritos, dijeron al mendigo que su amigo había muerto y le pedían que lo resucitara. Juan se aproximó al joven tirado en la banqueta, lo observó con cuidado y después se quitó el sombrero, se santiguó y dijo: - descanse en paz, nada se puede hacer -. Se fue en silencio y no bien había doblado la esquina, los muchachos irrumpieron en risas, dijeron al amigo que se levanta-

ra y festejaban su broma. El actor no se levantó, una hemorragia interna, provocada tal vez por el intenso calor, cortó en efecto su vida.

Los aumentos curiosos de Juan Vildósola

I

Juan Vildósola (1841 - 1860), estudiante del Seminario Conciliar Guadalupano Josefino, escribió un diario en el que anotó los hechos que a su juicio revistieron mayor importancia durante sus últimos años en el seminario. El padre Montejano lo reporta en su *Biobibliografía de los escritores de San Luis Potosí* (UNAM 1979) con el título "Diario de noticias de los años 1857,1858 y 1859 que han acontecido en S. Luis Potosí, con otros foráneos, y además unos aumentos curiosos, los cuales están al fin de este tomo" Es un manuscrito de 186 páginas. En él dio cuenta de la muerte y entierro de Juan del Jarro. Sin embargo, las extrañezas que recopiló fueron tantas que se vio precisado a redactar un segundo tomo para contenerlas. En este volumen adicional de sus memorias el seminarista registró, en párrafos precedidos por una fecha imprecisa, cosas extrañas que le comentaron o sucedieron en la ciudad y sus alrededores, entre éstas contó algunas que directa o circunstancialmente estuvieron relacionadas con Juan del Jarro. Relata por ejemplo en las primeras páginas de su segundo tomo, donde recoge los dichos que recibió de sus mayores, que en el verano de 1828, cuando aún se entretenía la gente comentando el éxito de la presentación de "El pirata" en donde demostraron su virtuosismo los Zavala y se comentaban las intrigas de don Vicente Romero contra el gobernador Ildefonso Díaz de León, se vino un temporal impresionante, la nublazón se prolongó por tres semanas. El agua causó crecidas de ríos, arroyos y pozas, derribó algunas casas construidas pobremente y sin cuidado. A punto estuvo de inundarse la ciudad de forma tal que los daños serían irreparables. Toda la gente rezaba y pedía devotamente la escampada. Como si Dios se hiciera eco de los ruegos dejó de llover entrando agosto, el cielo se

despejó, el viento detuvo su carrera, el sol recalentó las piedras. Al amanecer del día primero se vio limpia como nunca la ciudad, la gente volvió a las calles, el sol y la luna se vieron juntos en el cielo hasta ya muy avanzada la mañana. Algunos reportan que ese día vieron por primera vez la figura de Juan del Jarro, entró por el norte, recorrió las plazuelas, la calle del recreo, la del platanito, la del refugio, la de aurora y la del ángel. Inició su larga carrera de pedigüeño. Entró en silencio, de cada donativo que le daban separó una parte y la entregó a los otros limosneros en señal, tal vez, de que no sería un competidor para ellos. Pronto su presencia se sintió habitual, como si siempre hubiera estado ahí, como si fuera parte del paisaje. Se fue la lluvia y llegó el del jarro con la misma naturalidad con que amanece cada día.

II

Siete de abril. Casi nadie lo sabe pero Juan del Jarro sabe escribir, lo vi hace unos días trazando palabras sobre el polvo. Lo encontré sentado en un baldío y con una vara escribía sobre el suelo. Me acerqué silencioso para verlo y él, aunque detectó mi presencia, siguió con su actividad. Dibujaba signos extraños, rayas, palabras sin sentido, todo esto alternado con términos en latín y algunas palabras sueltas como: eternidad, infinito, nada, muerte y otras que no recuerdo. Pensé que Juan podría ser un buen escritor pues su charla era más o menos culta y con sentido, tenía una memoria poco común y era de palabra fácil, algunos pensaban que era un limosnero filósofo. Convencido de esto y con la creencia de que no escribía por no tener los medios, me ofrecí a proporcionárselos, lo dotaría de papel suficiente y hasta le ayudaría a mejorar su estilo o a completar su aprendizaje del idioma si así fuese necesario. Juan del Jarro rechazó, casi indignado, mi buena voluntad. Me dijo, entre otras cosas que él nunca escribiría sobre algo más permanente que el polvo o la arena del desierto, que las palabras nacieron para ser transportadas por el aire, que lo escrito moriría antes aún de que la tinta se secase. Debo confesar que no entendí varias de las cosas que me dijo y con otras estuve en franco desacuerdo.

Afirmó que la tarea del escritor es ingrata porque se ubica en el punto de mayor tensión entre la libertad y el orden, entre el deber y el instinto. El que escribe debe combatir la locura desde la locura misma y está condenado a sucumbir bajo el peso de su propia vanidad, herido con el filo mortal de lo indecible. En el mejor de los casos es como un ciego tratando de encender una antorcha humedecida. Finalmente concluyó: los que redactan la historia son

sepultureros, la muerte es su materia y la lengua es la madera y los clavos con que construyen el féretro. Por eso no quiero dejar ninguna huella de mi paso por la vida, nada que pueda ser convertido en imagen detenida en el tiempo, nada que me ate o que, sujeto a mi cuello como una piedra de molino, me sumerja en el profundo mar de la memoria.

III

Doce de junio. No son raras las ausencias de Juan del Jarro, durante ellas se interna en el desierto. Algunos piensan que para recolectar las plantas que utiliza durante sus curaciones. Otros que huyen de la carga que representan los otros limosneros y para retornar a los lugares que lo vieron crecer. Lo cierto es que se ausenta de improviso, sin avisar a nadie.

Un hombre reporta haber visto a Juan en compañía de unos indios ataviados a la usanza de los curanderos o sacerdotes de las tribus salvajes. Estaban sentados, al atardecer, formando un círculo sobre una meseta. El observador había salido de cacería y ya regresaba cuando lo atrajo un sonido raro, como de ecos que repitieran una plegaria. Los indios tenían la mirada fija en un objeto verde en el centro del círculo, tal vez se trataba de un cacto redondo y de piel lisa de los que por ahí abundan. Juan miraba al cielo donde un halcón volaba vigilante. El lugar estaba en completo silencio, a no ser por las voces. Poco después Juan tomó la planta y la introdujo en el Jarro, al mismo tiempo el halcón se dejó caer, como rayo, sobre una liebre que corría en las faldas del cerro y luego remontó el vuelo con su presa en las garras, todo esto vio el observador que siguió con la mirada el gesto rapidísimo del ave. Cuando volvió los ojos a la meseta Juan estaba solo, los indios se disiparon como sombras. Juan se levantó y emprendió lentamente su regreso a casa. Bajó la pendiente del cerro desde la meseta en que estaba colocado. Se oyó el aullar de unos coyotes alejándose. El observador salió des-pavorido y no se detuvo hasta alcanzar la protección de los muros y la luz de la ciudad, contó lo sucedido a quien encontraba en su

camino. Nadie le creyó. Todos habían visto a Juan del Jarro que cuidaba con devoción a Torrescano mientras éste caía en uno de sus ataques de inmovilidad.

IV

Veinte de agosto. La ciudad ha sido víctima, en varias ocasiones, de plagas y epidemias. De las segundas se recuerda el cólera que causó mortandad en los años de 1833 y 1850, los ataques de influenza, los resfriados comunes al final del otoño. Por lo que toca a las primeras todo el mundo conoce la invasión de ratas en las cercanías de las caballerizas, los alrededores de la alhóndiga y en general en los lugares donde suele acumularse la basura. Los insectos nocivos también infectan todo, no sólo las casas de los pobres; no es raro encontrar pulgas, chinches y cucarachas en los hogares de las familias más pudientes y prestigiadas. Las falenas o mariposas nocturnas tachonan los muros como grandes moños de luto en el mes de septiembre. Por el rumbo de las huertas proliferan los ciempiés y las arañas. Una variedad de estas últimas se convirtió en plaga el verano pasado, de nada sirvieron los venenos, las escobas y el fuego, aparecían por todos lados y aunque su mordedura no era mortal si resultaba muy dolorosa. Todo el mundo se quejaba por la invasión de los arácnidos. Un día Juan del Jarro apareció con su morral lleno de unos insectos parecidos a los escarabajos, eran negros, de caparazón duro que cubría unas alas doradas y brillantes, tenían a los lados unos puntos amarillos, como granos de arena. Los depositó por pares en distintos lugares de la ciudad, especialmente en las orillas, sobre todo las que colindaban con las huertas y las más próximas al río. A los tres días las arañas disminuyeron en número de manera considerable y a las dos semanas desaparecieron casi totalmente. Lo extraño es que tampoco se volvieron a ver los escarabajos. Este año las libélulas alegraron las márgenes del río con sus grandes alas tornasoles.

V

Ocho de febrero. Un viejo sacerdote que dio clases en el seminario me confesó su creencia de que Juan del Jarro era un profeta, un nuevo vidente del Apocalipsis. Me dijo saber, de buena fuente, que Juan Predijo la llegada de un tiempo de idolatría y descreimiento. El mendigo afirmó que el hombre rebasaría los límites de la tierra; aumentaría su poder destructivo hasta lo increíble; la guerra invadiría el mar, la montaña, el cielo, la selva y el pantano. Dijo que la humanidad sería capaz de producir incontable riqueza pero que al mismo tiempo morirían millones por la enfermedad y el hambre; que se lograría obtener, por la ciencia, la mayor cantidad de tiempo libre, las más variadas formas de diversión y esparcimiento, sin embargo, miles morirían por propia mano. Vaticinó el advenimiento de los más grandes imperios que se hayan imaginado y de nuevas enfermedades más nocivas que el cólera y más fatales. Dijo que lo único inmutable, desde siempre y para siempre, sería el deseo y su hijo el poder, que éstos eran los motores de la torre de Babel y del desastre. El viejo cura afirmó que me proporcionaría el nombre de su informante para confirmar lo dicho por el mendigo y para que, juntos, previniéramos al pueblo de la destrucción prevista. El sacerdote fue trasladado de improviso, por instrucciones del obispo, a cumplir una misión en el sur del país, no lo he vuelto a ver desde el día de su partida.

VI

Tres de noviembre. Ayer fue visto Juan del Jarro en más de tres lugares al mismo tiempo. Puede ser que la ignorancia de la gente facilite la propagación de este rumor. Son tantas las fantasías y tantos los hechos insólitos que se le atribuyen al pordiosero que uno ya no sabe si dar crédito a tanta superchería. Lo más curioso de Juan del Jarro es que, al decir del pueblo, puede ser cualquier cosa, desde una ráfaga de viento hasta un lobo que aúlla a las lunas de octubre.

VII

Cuatro de julio. Cada año, en este día, llega el hombre misterioso. Se trata de un hombre de porte distinguido, muy elegante, que arriba con un tren de carretas. Efectúa algunas diligencias en las cajas reales, se entrevista con algunos de los hombres notables, especialmente administradores y dueños de las minas. Después se pierde caminando por las orillas de la ciudad. Se le ha visto, sobre todo, por el rumbo del Montecillo, sostiene larguísimas conversaciones con Juan del Jarro que lo ve con respeto, casi con miedo. Se va siempre cuando los últimos rayos de sol acarician el lomo azul de la serranía.

Los encuentros de este poderoso con el mendigo despiertan la curiosidad de los vecinos. De aquí se desprende un sinnúmero de chismes que enriquecen la fantasía popular. Algunos piensan que se trata de una vieja amistad del pordiosero, que le visita cada cuatro de julio en cumplimiento de una promesa. Otros que se trata de un enviado para ofrecerle a Juan un puesto y una posición envidiables en el extranjero, pero que éste rechaza una y otra vez para cumplir con su vocación de pobre. Otros más creen que llega el mismísimo demonio a tentar al pordiosero, para perder su alma. Lo único cierto es que posteriormente a las visitas Juan queda agotado, no sale del horno por varios días, don Anselmo le lleva medicina y lo cuida hasta que se repone, sólo el médico conoce el secreto del extraño visitante y sus consecuencias. Nadie ha podido sacarles, ni a Juan ni a don Anselmo, una sola palabra sobre este misterio.

VIII

Doce de noviembre. Hace tres días enterraron a Juan del Jarro. Hoy, al atardecer, las escasas falenas que sobreviven de la temporada volaron hacia el panteón del Montecillo, se les vio volar alrededor de las fosforescencias que emergen de las tumbas. La luna cruzó solitaria por el cenit, a pesar de que el cielo estaba limpio no se vieron las estrellas.

Una visión contemporánea

Hace unos días encontré este artículo en un diario local, "El Sol de San Luis", sección A, pág. 7, titulado "Contra riqueza, pobreza", título que hace una clara referencia a los pecados capitales. Lo transcribo porque tiene relación con el tema que nos ocupa, el tono ensayístico del texto tal vez se dispare con respecto al contenido y la forma de lo que aquí se dice, pero creo necesario incluirlo porque representa una visión más, otra forma de entender la vida y muerte de Juan del Jarro:

"Contra riqueza, pobreza"

Juan del Jarro es un personaje instalado en la memoria colectiva de los habitantes de San Luis Potosí, aparece de pronto durante una charla informal, en una nota de periódico o como protagonista de una tira cómica. Desde que supe de él me fascinó, al grado de escribir inspirado en su historia un mal poema, excesivamente largo y retórico. Ignoro los motivos que me hacen atractiva su figura, tal vez tengan que ver con ocultos mecanismos psicológicos y con algunos hechos de su biografía que intuyo ligados con los mitos que soportan una particular forma de entender la realidad.

La vida de Juan del Jarro es prácticamente desconocida, sólo se retienen algunos datos aislados cuya veracidad sería muy difícil de comprobar. Se sabe que era un marginado, pobre y limosnero. Compartía con otros pordioseros parte de lo que a él le daban. Adivinaba el futuro, especialmente las tragedias y la muerte. Era un conversador fluido y memorioso. Falleció hacia el final de la sexta década del siglo diecinueve. Estos pocos hechos y su muerte, o

con más precisión, su sepelio que fue lujoso y concurrido bastaron para darle un lugar en el recuerdo, un espacio en la interminable parrafada de los libros de historia. Si tratamos de entender cómo se realizaron los amarres que lo unieron a la intrincada red de la cultura, qué características lo anclaron en el río de la memoria, lo más probable es que fallemos, la lógica racional siembra trampas, confunde los motivos, enreda las anécdotas. Sin embargo, se puede intentar un ejercicio de reflexión que apunte hacia el entendimiento, si no de Juan, si de los lectores que lo obligan a permanecer en el limbo, los que lo atan con estampas, veladoras y flores a una tumba vacía cada dos de noviembre.

Dos cosas llaman la atención de la biografía o leyenda de Juan del Jarro: lo vago de su historia y las contradicciones o paradojas que contiene. La vaguedad deja huecos, abre puertas hacia lo inefable y oculto, convierte al relato en un espejo en el que puede reflejarse cualquier rostro. Por lo que toca a las contradicciones, constituyen los nudos que posibilitan la metáfora, el relato de un relato que no es otro que el de aquí y ahora. Así, la muerte del pordiosero y su magnífico entierro representan o encarnan el mito de la salvación: el pobre muere y entra al paraíso. El sepelio comandado y oficiado por notables y jerarcas de la iglesia garantiza la santidad de los humildes, siempre que éstos vivan de acuerdo con los preceptos de la moral dominante. Existe un abismo entre la figura austera de Juan del Jarro y la más vital y rebelde del Pito Pérez literario. El primero llevó una vida marginal sin rebelarse, recibió con sencillez lo que le dieron, trató con respeto a sus donadores y les sirvió otorgándoles la diversión de su palabra y sus profecías; el segundo se burló de todo y de todos, hasta de él mismo, rompió todas las reglas con que se cose el telón que oculta la mentira, y acabó, hilo lacre, abandonado y solo con un esqueleto como esposa.

El San Luis Potosí empobrecido, conservador, silencioso y frugal, encuentra en Juan del Jarro su retrato más fiel: una historia llena de lagunas y misterio; una vida piadosa repartida entre la caridad y el hambre; la esperanza de la salvación cristiana y la santidad. Juan del Jarro, como San Luis Potosí, lleva una estrecha y cordial relación con los ministros de la iglesia, conoce los santorales y las fiestas religiosas, a falta de creatividad cultiva la memoria, rocía sus relaciones con la humildad y discreción necesarias para esconder la amargura, la burla, el dolor que deben desprenderse de su condición de marginado. Ciego a la indignación o la rebeldía intenta paliar su consecuencia: la locura. Sólo es capaz de ver la enfermedad y la muerte porque sabe a fin de cuentas que sólo hay dos puertas de salida a la indignancia: la locura o la muerte.

Sin embargo, las interpretaciones no pueden ser tan rígidas y definitivas, existen otras señales, indicios que nos pueden llevar por caminos distintos. La pobreza, por ejemplo, se ofrece como el disfraz de potencias ignoradas y deseables, de tal modo Juan del Jarro es una reinterpretación del pordiosero que se pasea entre los pretendientes, aceptando las burlas y desprecios, en espera del arco y el tálamo que lo sacarán definitivamente del anonimato y el olvido; o del pobre de Asís consciente de que sólo desde la miseria puede salvar a los otros miserables y que la pobreza es ante todo una descalificación de la soberbia y el atesoramiento. Lo que desenmascara sin lugar a dudas la violencia del verdugo es la víctima. Juan de Jarro es la víctima. El verdugo no tiene salvación, su conciencia será su enemiga para siempre, a menos que la víctima desaparezca por cualquiera de dos caminos posibles: la beatificación o la condena. Así, Juan del Jarro es beatificado para exculpar a los verdugos, para desresponsabilizar a la sociedad por su miseria. El sepelio lujoso se constituye en una traición porque borra, con

el espectáculo, una vocación de vida, Juan fue limosnero y siempre quiso serlo, enterrarlo como poderoso contradice su postura, la deforma. Por eso cuando muere es honrado como los verdugos por los verdugos, para ocultar el rostro de la necesidad y el hambre con la máscara del incienso y los responsos.

Otras características de Juan que lo hacen susceptible de identificar con los mitos son: su posibilidad de adivinación y clarividencia; su capacidad para abstraer de los poderosos lo que es necesario a los mendigos; su habilidad para interrumpir la enfermedad; su lenguaje que funciona como instrumento de seducción; el horno donde vive; y su jarro, un retrato de él mismo, una pieza de barro que carga su vacío en el vientre.

La locura

Todos los esquemas de interpretación de la realidad son manifestación de la locura, lo que hace la diferencia entre ellos es el consenso, la legitimación, la dominancia. Así, la definición de la locura se liga necesariamente con el poder y es éste el que marca los límites, el que define el adentro y el afuera, el lugar y el vacío. Juan supo, de alguna manera, que una forma de alcanzar la libertad es la locura, el estado desde donde es posible saltar de una realidad a otra, romper las cadenas del poder y la rueda de las categorizaciones rígidas. Una característica notable de la historia de Juan del Jarro es su cercanía con la locura. Protegió preferentemente a los mendigos que estaban afectados de sus facultades mentales, los que vivían en mundos paralelos, los que caminaban por las rutas de realidades alternas. Esta predilección no es gratuita, el mendigo sabía que la locura, como la enfermedad y la guerra, es uno de los elementos de la catástrofe.

Los tres pordioseros locos que protegió el del jarro son en realidad un símbolo del tiempo. El Tapatío, Torrescano y Mariquita representan, en ese orden, el pasado, el presente y el futuro. La locura del Tapatío tiene algo de místico y deseable, significa el retorno, al transformarse en fruta se despoja de sí mismo, regresa al paraíso, se coloca en un punto anterior al nacimiento del pecado original y de la culpa. La silenciosa inmovilidad de Torrescano es una imagen del eterno presente que se gasta, del instante que vive para siempre y que constituye el ombligo de la eternidad, el punto donde convergen los caminos, el nudo de la red. El llanto y el dolor de Mariquita ante la sombra es producto de una visión del desenlace, el grito ante la presencia de la muerte, la voz de quien es tes-

tigo del desastre. La locura es la razón por la que Juan del Jarro se convierte en profeta, él tiene la posibilidad de encontrar el sentido que se oculta en los relatos porque su propia locura se enreda con los hilos del tiempo.

El sepelio

Un jovencito llegó apresuradamente hasta el consultorio del doctor don Anselmo Calvillo y, con la respiración agitada, le dio el siguiente mensaje: "Doctor, dice Juan del Jarro que vaya a verlo, pero no antes de que termine su consulta de la mañana, que allá lo espera para que cumpla su promesa". El médico temió lo peor, ya no pudo concentrarse en su tarea. Terminó como pudo su consulta y se dirigió hacia el Montecillo, al horno abandonado en el que vivía el mendigo. En él encontró a Juan del Jarro, yerto, sin vida pero con la serenidad reflejada en el rostro. La promesa consistía en darle sepultura pero sin informar a nadie, en silencio, sin más sudario que la casaca que llevaba puesta, y la mugre. Don Anselmo dudó, no sabía cómo cumplir lo ofrecido, cómo darle sepultura sin decírselo a nadie, ni siquiera a la autoridad o al administrador del panteón. La indecisión lo hizo perder tiempo, el suficiente para que los pordioseros y vecinos pobres se dieran cuenta del fallecimiento y propagaran la noticia por toda la ciudad.

En menos tiempo del que se emplea para decir Jesús, empezaron a llegar curiosos, pronto el Montecillo era una romería, caras tristes, llantos y oraciones llenaron los alrededores del horno. Don Anselmo trató de alejarlos, les pidió que lo dejaran solo para cumplir con su oficio, pero fue imposible, al poco rato empezaron a llegar los religiosos, miembros de las cofradías y de la jerarquía eclesiástica y, entre todos, se dieron a la tarea de organizar las honras fúnebres. Llevaron el cadáver a la iglesia de San Juan de Dios donde se realizó el velorio, las oraciones y la misa de cuerpo presente. Se hicieron notar ante el féretro todas las clases sociales, ricos, pobres, mendigos, jornaleros. Hicieron guardia los caballeros

y las damas con sus uniformes y distintivos de la cofradía: los de la Buena Muerte, los de las Benditas Ánimas, los de la Vela Perpetua, los de San Pedro, los del Señor de los Desamparados, los de las Venerables Órdenes Terceras, también los Mayordomos de los barrios, autoridades eclesiales y civiles. En ningún momento se dejó solo el cuerpo del fallecido, a toda hora fue blanco de oraciones y deseos de salvación. Cumplido el velorio se emprendió la marcha hacia el cementerio, todos competían por cargar el ataúd, el paso fue más lento de lo normal debido a tanto cambio de cargadores que sólo alcanzaban a dar unos pasos. Una multitud formaba el cortejo en donde, como ya dijimos, se veía toda clase de gente, desde la más encumbrada y pudiente hasta la más miserable. Durante todo el recorrido se entonaron cánticos fúnebres y buenos deseos por el descanso de su alma. El féretro fue seguido por un grupo numeroso de niños con palmas en las manos, como se acostumbra en los entierros de los santos inocentes.

El acta que registra la defunción de Juan afirma que le dieron sepultura el 9 de noviembre de 1859, también consigna su lugar de origen, padres y apellidos, y el pedazo de tierra que albergó sus huesos. En el segundo tomo del diario de Baldósala, citado, se dice que al amanecer del cuarto día posterior al entierro, se vieron salir del panteón del Montecillo varios centenares de escarabajos negros que rodaban una bola de arcilla hacia el desierto.

Nuevos testimonios

I

Después de la publicación de Juan del Jarro (Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1997) me llegaron múltiples sugerencias, testimonios y decires sobre la vida y obra de este personaje tan enraizado en el imaginario colectivo de la comunidad potosina. De ellos he tomado los que me parecieron más curiosos o de mayor interés para añadirlos, como un apéndice, al texto original. Se me dijo, por ejemplo, que Juan traía el pantalón asegurado con un mecate que usaba a manera de cinto y que de él pendía, atado, el jarro que le servía para fabricar emplastos. Lo llamativo de este cinturón es que estaba lleno de nudos que, según algunos, reproducían las cuentas del rosario, el mendigo lo usaba para guiar sus oraciones. Otros afirman que con los nudos llevaba la cuenta de los años y de esta forma se supo que murió a los sesenta y seis, exactamente el doble de la edad de Cristo, los primeros treinta y tres en el anonimato, los segundos ejerciendo la profesión de limosnero en San Luis Potosí. Recorrió las calles que van del barrio de Tlaxcala hasta la Plaza de Armas, las que unen el centro de la ciudad con El Santuario y las que conducen hasta El Montecillo. Otros piensan que los nudos del cinto eran signos de una escritura oculta, en la que los significados estaban ligados al tamaño, forma y colocación, y que Juan utilizaba como auxiliar de la memoria para guardar, en clave, las fórmulas de sus medicamentos y algunos hechos que era preciso recordar para no verse a la deriva sobre las aguas inestables de la historia.

II

Una de las predicciones más notables y mejor recordadas de Juan del Jarro es la que hizo a don Julián de los Reyes, el 8 de enero de 1853. Ese día recibió Juan, de manos del dueño de La Cubana, la limosna acostumbrada. Ya se retiraba del lugar cuando pasó don Julián con rumbo a la iglesia del Santuario. Gobernador y todo, trataba al pordiosero con la misma cordialidad que casi todos los que le conocían, de tal modo que después de darle su saludo y buenos deseos le hizo la consabida pregunta.

- ¿Cuándo me muero Juan?

- Está agonizando señor, le dijo el pordiosero.

El gobernador no hizo caso, sonrió y reemprendió su paso apresurado. Unos metros adelante, a un lado de la caja del agua, fue asaltado por unos bandidos que pretendían llevárselo, como don Julián se resistió al secuestro fue muerto en ese mismo lugar de un balazo por la espalda.

III

Es común que personas con las características de Juan del Jarro posean entre sus facultades la de tener una influencia extraordinaria sobre los animales. Cuenta la leyenda de la mansedumbre del león frente a Daniel, de los dragones ante Jesús, la del lobo al sentir la presencia de Francisco. Por esta razón no me pareció extraña la siguiente anécdota que me fue relatada como un hecho.

Juan del Jarro se dirigía a la iglesia de Santiago durante uno de sus rutinarios recorridos, cuando se topó con un toro bravo que había escapado del corral por un descuido del vaquero. El animal bufaba y embestía a todo bulto en movimiento sembrando alarma entre los vecinos y paseantes. El mendigo encaró a la bestia, con voz suave pero segura y ademanes firmes, le indicó al toro el camino de regreso, el animal se tranquilizó casi de inmediato, Juan lo acompañó al redil, lo introdujo y cerró la puerta con cuidado. De esta forma el del jarro evitó una mortal corneada o por lo menos una fractura por el golpe.

IV

Un día Juan se acercó a la casa del señor Lic. Juan B. Barragán, diez años antes de que fuera gobernador del Estado, llamó a la puerta e insistió en verlo. El ujier, desde luego, se negó a interrumpir la siesta del respetable ciudadano; pero fue de tal intensidad la insistencia de Juan, que al sirviente no le quedó más remedio que avisarle. Un poco molesto, pero animado por la simpatía que le profesaba al pedigüeño, el Señor Licenciado salió al patio, donde recibió al solicitante. Juan se puso a decir toda clase de cosas, habló del tiempo y de la lluvia, rodeaba para no explicar la razón de su demanda. El gobernador estaba a punto de la ira, y dispuesto a reprender a Juan del Jarro, cuando un estruendo sobresaltó a todos los habitantes de la casa. En ese momento Juan dejó de hablar, se despidió con prisa y se marchó. Grande fue la sorpresa de Don Juan Bautista Barragán cuando regresó a su habitación y encontró una gran viga que se había desprendido del techo y cayó sobre la cabecera de su cama. Si no hubiera sido por Juan jamás hubiera sido, aunque fuera por interinato, Gobernador de San Luis Potosí.

V

La facultad de profetizar se asocia con el misterio, se liga con los aspectos irracionales del ser humano, con lo marginal, oscuro y primitivo. La posibilidad de adivinar se atribuye frecuentemente a los miserables y los locos. El conocimiento del futuro pone en riesgo la salud y la vida, implica introducirse en un territorio peligroso, lleno de trampas, por eso la mejor manera de conocer el destino es a través de intermediarios. Quienes consultan el oráculo utilizan un médium, casi siempre un miembro de los grupos marginados: pobres, mujeres, desquiciados, ignorantes, epilépticos, enfermos. Sólo el que no tiene que perder se atreve a desafiar el misterio, a enfrentarse con las bestias del Apocalipsis y después comunicar su experiencia. Cuando el mensaje es expresado en forma coloquial y llana, la consulta puede ser directa como en el caso de Juan del Jarro; cuando se dice con términos cifrados en un código extraño se requiere de un intérprete, como en el caso del oráculo en Delfos. En San Luis Potosí, durante la conquista y la colonia, fueron los indígenas, sobre todo los menos civilizados, los chichimecas, los que tuvieron fama de adivinos, ellos estaban más cerca de la naturaleza, de las fuerzas primigenias, de la tierra y el viento, por lo mismo eran capaces de presentir la enfermedad y la muerte. El mestizaje introdujo la sangre autóctona en los nuevos habitantes del Gran Tunal y, cuando las condiciones fueron propicias, resurgieron las inclinaciones del antiguo pueblo nómada. Juan del Jarro era mestizo, su sangre guardó seguramente una porción de sangre guachichila, esto, aunado a su condición de paria, facilitó la aparición de una característica recesiva: la posibilidad de ver hacia el futuro.

Juan del Jarro vaticinó muchas cosas: una guerra terrible, el asesinato de tres caudillos, la muerte de dos papas, la erupción de un volcán y el fin de la ciudad de San Luis Potosí por una inundación que la reducirá a ruinas en el fondo de un lago.

VI

Muerto Juan del Jarro se veló una ventana hacia el futuro pero se abrió el interminable camino de la milagrería. Unos meses después de su velorio empezaron a reportarse curaciones de padecimientos fatales y hechos extraordinarios que se imputaron a la intervención del pordiosero que, desde la región ignorada de la muerte, seguía cuidando de sus pobres y necesitados. El sitio del panteón en el que reposaban sus restos siempre estaba adornado con flores, monedas y veladoras con que la gente agradecía la satisfacción de sus peticiones. Proliferaron los exvotos de todo tipo así una laminilla pintada como un simple papel en el que se le ofrecía una oración o un poema. El culto fue considerado pagano por algunas autoridades civiles y eclesiásticas, o por lo menos producto de la simpleza y la ignorancia, así que se decidió retirar la piedra en la que se inscribió su escueto epitafio y destruirla. Sin embargo, algún miembro anónimo del pueblo, devoto y lleno de gratitud, mandó hacer una nueva lápida para substituir a la desaparecida y poder, de este modo, anclar el recuerdo de Juan del Jarro en una piedra con su nombre.

La lista de sucesos milagrosos es larga aunque no se tienen testimonios precisos de los mismos. Se sabe de por lo menos tres sujetos que se unieron a los rebeldes de la Revolución de 1910 y que encomendaron sus vidas al del jarro, ellos aseguran que los protegió de la metralla y les permitió regresar a sus hogares, sanos y salvos. De una mujer que, durante un parto difícil, imploró el socorro de Juan del Jarro y pudo salir del trance, proseguir una vida normal en compañía de su hijo que también logró salvarse. Dicen, también, que un famoso ladrón, conocido por la osadía de sus

golpes delictivos, dirigidos principalmente contra explotadores y usureros, nunca fue apresado gracias que Juan le ocultaba ante los ojos de sus perseguidores para volverlo invisible y escurridizo.

Son innumerables los milagros atribuidos al pedigüeño: sanaciones, objetos perdidos que fueron encontrados más tarde, relaciones amorosas restauradas, protección contra distintos tipos de amenazas que van desde una catástrofe hasta el mal de ojo. Existe pues la creencia de que Juanito puede obrar milagros a quien tenga fe y pronuncie la oración adecuada. Un amuleto recomendado para la buena suerte, la salud y para que nunca le falte lo necesario, es una estampa de Juan del Jarro a la que se pega en el reverso una monedita de plata y un escapulario, todo esto, enmicado para evitar su deterioro, se porta diariamente o se guarda en el hogar que quiera protegerse. A pesar de tanto milagro y tanto testimonio Juan del Jarro nunca será santo, quienes cuidan el ingreso a la jerarquía celeste no lo consideran porque su actividad milagrosa únicamente se dirige a los pobres, y éstos, según los moralistas o cultivadores de las buenas costumbres, nunca podrán dar un testimonio confiable merced a su ignorancia, a su habitual tendencia a distorsionar los valores, su forma peculiar y simple de entender la bondad o maldad de las cosas. Además, por definición, lo popular siempre será contrario a las elites y las jerarquías.

VII

Juan del Jarro acumuló unos cuantos objetos que recogió de los tiraderos o que separó de la limosna que le dieron, éstos fueron sus únicas propiedades aparte de lo que llevaba puesto. Cuando Juan murió el horno en el que vivía fue saqueado, las cosas se dispersaron de mano en mano para terminar posiblemente en otro basurero. Sin embargo, algunos informes de transmisión oral sirven para informarnos acerca los objetos que acompañaron a Juan y que nos dan señales, pistas para entender un poco más la historia del personaje. En cuanto al jarro ya dijimos que, además de constituirse en el segundo nombre del pedigüeño, se convirtió en símbolo, Juan y el jarro eran lo mismo, un poco de barro a la deriva. Al vaso se le cargó de magia y su historia contiene la atracción de lo misterioso. Existen distintas versiones acerca del destino final del jarro: se lo llevó Torrescano en dirección incierta; lo enterraron; se volvió el objeto ritual de una secta de mendicantes; pulverizado, se utilizó para efectuar curas milagrosas; forma parte de la bóveda de alguna iglesia. El morral y el sombrero fueron sepultados con el cadáver del pordiosero. Se sabe de otros objetos cuya propiedad se atribuye a Juan del Jarro: unas páginas de la Biblia, las correspondientes al Eclesiastés; cuatro herraduras, tres de mula y una de caballo; varios manojos de hierbas secas de procedencia desconocida; cinco piedras de distinto color, blanca, negra, verde, azul y roja; un plato de metal, bruñido hasta tornarlo espejo; una caja de madera sin pulir en la que guardaba un puñado de arena y otro de ceniza; seis huesillos labrados a navaja; algunos utensilios de cocina y dos atados de prendas de vestir deshilachadas; las pastas de cuero de un misal que protegían una mariposa disecada; varias

piezas sueltas de madera; cincuenta varas de huizache cortadas del mismo tamaño. La verdad es que no bien terminó el sepelio, un grupo de harapientos sustrajo las escasas pertenencias del mendigo. Más tarde, por miedo a los poderes de las cosas y a su posible acción de hechicería, hicieron con ellas una pira y las vieron consumirse y volar, la ceniza, hacia el desierto; quien aspiró el humo de esa hoguera cayó en un trance, en un estado de estupor lleno de alucinaciones del que sólo pudieron salir después de varios días. El Tapatío fue uno de los atacados, bajo el delirio creyó madurar y desde entonces jamás volvió a vérselo encaramado en una rama, ni con los brazos llenos de moretones.

VIII

La creencia en la santidad se apoya en signos de procedencia sobrenatural, en milagros y en apariciones. De los primeros Juan dio muestras aún en vida con sus vaticinios y sus curas. De los segundos dan testimonio los exvotos y los dichos de muchos beneficiados por su intervención ante la corte celestial. Por lo que toca a las apariciones muy pocas se reportan y éstas están rodeadas de tal ambigüedad que resulta difícil precisar si se trata efectivamente de Juan del Jarro, o se mezclan con su recuerdo las leyendas y las historias de horror tan caras a la imaginería popular. De los escasos reportes de aparición destaca uno que ocurrió en los patios del ferrocarril, cerca del sitio en que se levantaba el horno que Juan del Jarro utilizó como vivienda. Cuenta un viajero; que compró un boleto para ir a T, después se dirigió al patio donde, le indicaron, debía abordar el tren, se colocó cerca de las vías y se dispuso a esperar la llegada de la máquina. Allí se topó con el pordiosero y sostuvo una larga charla con él. Le llamó la atención lo ameno de su interlocutor y su facilidad para construir metáforas, así como el jarro que sostenía en la mano y del que brotaba un brillo rojizo que lo hacía confundible con una lámpara de mano. Cuando se oyó el silbato que anunciaba el arribo del convoy, la figura del mendigo se desvaneció como el humo, dejando en el aire un manchón luminoso del color del barro. El viajero con rumbo a T sintió un sobresalto y una taquicardia, abordó presuroso el vagón correspondiente y no pudo menos que relatar su experiencia a la persona que le tocó como compañero de viaje. Fue esta persona, habitante del barrio, quien llegó a la conclusión de que no se trataba de un fantasma de

garrotero ni guardagujas, sino del mismísimo Juan del Jarro, de su alma que andaba de noche con destino al Montecillo.

Existe también una leyenda en la que un individuo aborda un coche de alquiler, más recientemente un automóvil, a la salida de la estación, solicita al chofer que lo lleve a la iglesia de San Juan de Dios y después al panteón del Saucito, en este último lugar el hombre desaparece y deja al chofer lleno de espanto sin su paga. Muchos dicen que se trata de Juan del Jarro que vaga en busca de sus huesos.

Una semi aparición tiene lugar cuando, al filo de las once y media de la noche, se oyen voces en medio centenar de casas en el centro de la ciudad, especialmente los llantos lastimeros de Mariquita y la voz de Juan del Jarro que la calma.

Finalmente, un hecho curioso se da de vez en cuando, que no puede calificarse como aparición, pero que sin duda constituye una señal. En algunos utensilios de barro como jarros, comales, ollas o vasijas, el tiempo imprime una mancha que reproduce la figura de Juan con su morral, su sombrero de copa, su mirar piadoso. Se dice también que cuando, el cuatro de julio y en el desierto, un rayo de sol incide con un ángulo de sesenta y seis grados sobre el plano de un espejo, se refleja el rostro de Juan y no el de quien observa.

IX

*iSe mató con todos sus amigos,
inventó la inmortalidad!*

Adolfo Bioy Casares

Puedo proseguir con los testimonios y este libro se volvería interminable, cada uno de nosotros tiene un limosnero escondido en el alma, todos vamos con la mano extendida esperando que se deposite en ella la gota de agua que apague la flama dolorosa del deseo; por eso podemos dar fe de una historia o un recuerdo y atribuirlo a cualquier personaje o a Juan del Jarro. Este hombre que recorrió las calles de San Luis Potosí durante la primera mitad del siglo diecinueve nos deja un espejo como herencia, una historia llena de lagunas que se presta muy bien a la invención y los juegos sin fin de la memoria. Juan del Jarro descubrió el silencio, desgarró el velo que se teje con los hilos de la historia. Desde entonces, camina sobre el borde finísimo que separa la inmortalidad y la nada, su figura se superpone con otras imágenes de él mismo para construir un paisaje y otro y otro, en donde cada nuevo Juan del Jarro es y no es el que murió en el horno, solo, esperando la protección de don Anselmo Calvillo.

Imagina, lector, cualquier historia en la que la necesidad, la locura y la misericordia tengan un pequeño espacio y anótala en una página falsa, para que tú, y yo, demos un tiro de gracia a la dulce, serena y eterna paz del olvido.

Epílogo

Las autoridades municipales instalaron en el Jardín Guerrero una escultura de Juan del Jarro el día siete de noviembre de 2006. Juan del Jarro vuelve a las andadas, en figura de bronce visita, otra vez, el atrio de la iglesia franciscana. A unos cuantos días de instalada ya es objeto de culto, manos anónimas le ponen veladoras y depositan monedas en su jarro. Ya corren los rumores de que, por las noches, se anima y emprende un recorrido por calles y jardines hasta llegar al barrio del Montecillo, todo esto para buscar el horno que le sirve de vivienda y encontrar a los otros pordioseros que son sus protegidos, o tal vez para dar con los nuevos pedigüeños, los enfermos desvalidos, los damnificados de la guerra que no para. Juan del Jarro volvió para decirnos que las virtudes de la compasión, tolerancia y humildad, son el único camino para no morir del todo.

**De cómo un detective
sigue la pista de
Juan del Jarro**

*Juan de Dios Asíos (¿-1859) conocido como Juan del Jarro,
personaje del siglo xix: era un pordiosero, ameno conversador,
compartía sus limosnas con otros mendicantes,
especialmente los inválidos. Tenía fama de profeta.
Alrededor de él se han tejido historias que lo ubican
como un hombre extraordinario,
muy cerca del misticismo y la santidad.*
Primo Feliciano Velázquez

*todo él era dedos o lenguas en forma de índices
en llamas*
Gilberto Owen

Las calles de la ciudad bajo un abrigo de agua.

Los bomberos.

El sabor del regaliz en el cajón más pequeño del ropero.

Una sombra de luz que cruza el patio.

Un botón de amor dentro del puño.

Un detective tras la pista o probablemente un gato.

El objetivo es la clave oculta en la palabra llave,

el misterioso mecanismo de la cábala.

Detective o gato da lo mismo, un Juan dentro de un jarro.

En resumidas cuentas peregrino

tras una catedral de sílabas inciertas.

Buscaré otra manera para decir los huesos del minuto,

la danza del cascarón en la escollera.

Una forma extraña de ordenar el cementerio de las moscas;

algo como el humo atrapado en el cristal del sueño,

o un pequeño torbellino en la cuchara.

Buscaré la palabra en un grano de sal

o en el complejo mecanismo de un teléfono móvil,

la buscaré, no cabe duda,

para curar las heridas que nos deja el silencio.

La marca de los dientes en el muro.

El horno abandonado a la crueldad del hielo.

Juan del Jarro tiene la lengua herida de ceniza.

El canto ceremonial de los batracios.

Es necesario arrancar la piel de cada letra
para encontrar el cordón umbilical de la palabra.

El detective sabe que la víctima es el vocablo amor
y que será difícil encontrar al asesino.

Dieciséis de marzo, a mil años

de la señal en los huesos calcinados de los cátaros.

¿Cómo seguir el hilo de la trama?

Las arañas son maestras en el arte de la trampa.

Otra es la palabra: sal, pavesa y alhucema.

Otra la manera de dibujar un caracol sobre la tierra

y otra la razón de los incendios.

Elija Usted cualquier momento de la tarde
y escriba cinco dados en el aire
para jugar con Dios al mentiroso:
¿Me creerías una tercia de sapos del Devónico?
¿o un extraño full de serpientes y naranjas?
¿por lo menos un póquer de corazones verdes?
Sin embargo no se trata de creer
sino de hallar el truco que oculta el cubilete.

Todo así, cuando el discurso y un extraño nudo,

cuando la palabra es ciega.

La luz en la ventana,

nebulosas y novas en el barril estrecho de mi pluma.

Un dinosaurio que permanece intacto.

Una vieja historia del siglo diecinueve donde un pordiosero con
un jarro.

El detective busca la a, de amor,

en el filo azul de los cocuyos.

Procura no morir en jueves, ni cuando
el pan libera sus aromas en el horno,
es doloroso. Trata de que no si al húmero
lo cubre la ceniza. Lo mejor es que no,
piensa en el hueco. La metáfora del fuego
ya no sirve, nadie ha visto renacer las plumas.
Ahora todo es más sencillo, nada más
como apagar la luz, pero no en jueves.

La voz de Juan es una flecha

que busca el corazón del calendario,
hierve su voz en la matriz de limo
y busca el amor en la cama mineral de algún desierto.
Sin embargo nada vibra en el ceroso laberinto,
las vocales estallan en el yunque
y vamos recogiendo las esquirlas.

El detective va, como entre sombras,
con un rompecabezas incompleto en el bolsillo
y un poema de cristal hecho pedazos.
Yo soy el detective
tras la pista de los huesos improbables de un profeta
y una urna de barro que contiene tres palabras,
un reloj de arena y el aroma sutil de los naranjos.

Una mancha en el blasón, el tabique

de un horno abandonado,
la trayectoria impredecible de una partícula y un gato.

(...)

Los rollos del mar muerto en su sarcófago de barro.
¿Los papeles de Qumrán ofrecerán el testimonio
de un hombre del siglo diecinueve y de su jarro?

(...)

El amor como una estalactita en la pestaña,
el misterioso lenguaje de las víboras
y esta obsesión, esta manera de no decir
la forma verdadera de los mapas.

(...)

porque un aleph en la húmeda pared del jarro
y hace dos minutos que Amor
hizo estallar de nuevo al universo.

Para buscarle tres pies a los poemas

se requiere un yambo con buen filo
y si es posible un troqueo de madera
que no haya sido usado.

Después el sol;
cuatro jinetes en una cacería de pájaros;
la carrera de Aquiles que nunca llegará a la meta.
No es posible conocer la velocidad de los poemas
¿Cómo dar en un blanco que no existe?

Las aves se comieron las migajas,
no hay manera de volver,
y el poema se aleja con su pata de palo.

Juan del Jarro nació en el instante mismo en que moría,
él vaticinó su propio nacimiento
con las oscuras palabras del oráculo
y una gota de agua
y un reloj de sol dentro del horno.
A partir de ahí la historia y un tiro de dados en el aire,
tres monedas y una flor sobre la lápida.
El extraño telar de la memoria
en las manos temblorosas de Penélope.
Un oficioso detective contratado
para encontrar los restos de lo que nunca fue.

Una cruz de sal en la pupila,

las pistas en la trama sin sentido: lo que fue
se perdió bajo los hilos del agua.

Un puñado de sal en cada incendio, otro en Iquique.

Cualquier cosa puede ser una señal: una manzana;

una cárcel dibujada con tiza; el llanto de María

en su lecho de sombras; el vaticinio de una boda

que ya no; el aroma del café;

el sincrónico vuelo de pájaros azules.

El puerto está muy lejos

y esta hoja será una más del expediente.

Ahí está el desierto

como un puñado de arena a la espera del agua;
pero qué manera de traer a la ciudad
como una pústula en la espalda.

Un par de dados en las manos del niño
y otro par echando suertes en la vena Cava.
Aquí pudiera recordar
la mirada sorprendida de Parménides
y a una manzana azul que salió de la nada.
Así el desierto, la manzana es azul,
y la inminente aparición de lo improbable.

Apareció una mosca

en el centro exacto del espejo,
era como una estrella diminuta
en el centro de nada,
un agujero negro en un caleidoscopio.
Esto no tiene que ver con la poesía,
pero es mejor que la sopa de ranas,
o que la pólvora
en las uñas del soldado.

¿Y quién te dijo, mi querido detective,
que Juan del Jarro son los huesos
de un hombre del siglo diecinueve?
No preguntes más: él es la ciudad,
la piedra sillar de sus palacios invisibles,
la paloma, la mano, los enfermos de hastío.
Él es la cantera y la destemplada voz
de las campanas y el poema. Él eres tú
en el interior de un caleidoscopio. Juan
es arena, lodazal, espina, una cruz de polvo,
un pedazo de amor en la puerta del horno,
él es la mosca que intenta, una y otra vez,
salir del frasco.

Cómo encontrar los huesos de un muerto peregrino

que recorre la ciudad de boca en boca,
cómo seguir la huella de sus pasos en las hebras de cal.
La clave oculta entre las piedras,
en el aroma tibio de las fresas,
en los pasos cansinos de la súplica.
Juan es la palabra, como amor, limosna, profecía.
¿Cómo apagar los incendios del agua?
¿Cómo la crueldad del fuego griego?
Es la palabra nieve, la palabra témpano
y este vagar del detective tras la pista
de lo que probablemente nunca sucedió.

Algo he de decir que hienda el eco,

nada más para encontrar las cuerdas vocales del profeta,
que vibran como un diapasón de vidrio.

Todo el universo en la semilla de un limón amargo
y todo el tiempo contenido en un reloj de arcilla.

Lo demás: un pájaro de luz, una paloma, una falena,
la voz de un gato que puede no y un rechinar de dientes
cuando la palabra se retuerce con la sal.

Desconozco el destino de la palabra fario

y he quemado mis libros de gramática. / No hay
regreso. / Todo cuanto fue ya se ha olvidado
y el timón es una laya rota. / Todo es como
la luz de Andrómeda y la de una taza de café
por la mañana. / Dejo tres palabras que no
pudieron romper el cascarón; un pez reloj
en el estanque y una fiesta de dados en reposo.

Principio de incertidumbre:

no es posible conocer al mismo tiempo
la manera de pensar de un detective
y el éxito probable de su método.

Finalmente la voz de los espejos,
el discurso fractal de cada sílaba, la red,
la improbable octava vida de los gatos,
una ciudad que inventa una memoria nueva
cada vez que las campanas tocan a rebato,
las vueltas en el jardín de San Francisco,
y una sola conclusión posible:
Juan del Jarro no existió, no existe, aunque
tengo sus palabras y sus huesos en la mano.

No importa el adoquín, no el garambullo.

Nadie sabe.

Sólo importan los pasos de las horas
en el filo de la espada.

Nadie puede asegurar que ha muerto
si percibimos su guiño entre las sombras.

Se llamaba Juan

y era una piedra que perdió sus alas.

Nada más para no dejar la página en el aire
dibujo el artefacto con el perfil de un pájaro.
Guardo un corazón de nieve
en el vaso más azul de la despensa.
Es noviembre y la ciudad está llena de señales.
Amenaza lluvia.
La marca de una bala en la ventana.
El silencio inesperado de los grillos.
La realidad es un payaso
que trabaja en la Plaza del Carmen.

Mi gato también se llama Juan,
Juan del Jarro,
y él me adivina cuando apago la luz,
me defiende del ataque salvaje
de los pájaros negros.

Eso, la luz, el universo,

lo que allá está y lo que pudiera estar, lo de aquí:
los hoyos negros.

La forma de tomar unas tijeras.
Los inusitados agujeros de gusano,
y la palabra dios montada en un bosón encabritado
para tejer la red de otra manera.

Se trata de no entender:
¿Cómo la eternidad en un lunar y un beso?
¿Cómo late un corazón de clorofila?
Se trata de no, de sí, de casi nunca,
de cerrar los ojos,
paramnesia –jamais vu–
de cegarlos
para ver lo que siempre ha estado ahí,
tras las palabras.

No importa quién, no importa cuándo,
ni la sintaxis maligna en el cuaderno:
toda historia puede ser diferente.
Ésta, por ejemplo; la de Juan,
y el detective,
puede ser un escolio al margen del espejo,
la sílaba mor oculta entre las piedras
o un libro de pájaros antiguos.

Todo es empezar,
palabras más,
palabras menos.
El jugo de la drupa
entre los dedos.

El verso no, las reglas
están en otra parte.
En el fondo de la taza
un puente roto.
Tocan a silencio
los cenizontes.

Un pordiosero. La trama del agua. El detective.

Una ciudad. Esta ciudad.

Juan del Jarro.

Un horno abandonado. Un pájaro de sal.

El llanto de la noche.

Un gato. Mi gato.

El misterio del jarro.

Pero sobre todo amor en el cuenco de la mano.

Y una historia que es otra historia

y otra historia y otra historia...

Este libro se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos de la Universidad Autónoma
de San Luis Potosí en mayo de 2016.
El tiraje constó de 500 ejemplares.
Para el diseño se utilizó la fuente Miller.
San Luis Potosí, México.





UASLP
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí

ISBN-13: 978-607-9453-45-9



9 786079 453459